LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI. — NÚM. X.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid de 8 Marzo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/1

SUMARIO.—TEXTO.—Revista general, por D. E. Martinez de Velasco.—Ochoa, por D. Antonio María Segovia, académico de la Española.—El duque de Fernan-Nuñez.—Los minómanos: cuento que no lo es (conclusion), por D. Antonio de Trueba.—Experimento oficial de los nuevos aparatos inter-telegráficos.—Camino del mercado, por X.—Al ponerse el sol, poesía, por D. Ernesto García Ladevese.—Dos cuadros.—El espíritu del siglo, novela (conclusion), por D. Ramon de Navarrete.—Lord Mayo, virey de la India.—Certámenes propuestos por la Academia Española, por D. Emilio Arjona y Laínez.—Crónica musical, por D. Luis Navarro.—Industria madrileña: fábrica y fundicion de metales de D. Leoncio Meneses.—A S. M. el emperador del Brasil: discurso pronunciado en la Academia Española por el Excmo. señor marqués de Molins, director de la misma.—Una escultura de Flaxman.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. señor D. Eugenio de Ochoa.—Retrato del Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez.—Madrid: experimento oficial de los nuevos aparatos inter-telegráficos.—Bellas artes: «El ensayo del baile.»—Retrato de Lord Mayo, virey de la India.—Camino del mercado, composicion de don L. Gil.—«El primer abanico.»—Madrid: establecimiento y talleres de la Ibérica y fundicion de metales de D. Leoncio Meneses.—«La ascension del espíritu,» escultura de Flaxman.

REVISTA GENERAL.

I. EXTERIOR.—INGLATERRA.—Fiesta cívico-religiosa.—Entusiasmo realista del pueblo inglés.—Tentativa de regicidio.—ALEMANIA.—Proyecto de abolicion de impuestos.—Un ministro inamovible.—ITALIA.—Dos frases del príncipe Federico Cárlos de Prusia.—AUSTRIA.—Funerales de un poeta.—FRANCIA.—Las veleidades de Mr. Thiers.—Los soñados desembarcos de bonapartistas.—*Hace miedo.*

II. INTERIOR.—La coalicion nacional.—Actitud de los radicales.—Presentimientos.—Fiestas en Madrid.—Necrología.—El duque de San Cárlos.—Don José Bravo y Destonet.

III. TEATROS Y SALONES.—Círculo.—*El nuevo de su mujer*, comedia de don Rafael García Santisteban.—Recepciones semanales.—¡Creí que era mi abuelo!

I.

Ya se ha cantado en Lóndres, en la suntuosa iglesia de San Pablo, un solemne *Te Deum* por el restablecimiento del príncipe de Gales, y esta fiesta nacional ha sobrepujado en magnificencia y espontaneidad á todas las ceremonias del mismo género que nos refieren las crónicas de la Gran Bretaña.

La causa era legítima: el simpático heredero del trono de Inglaterra habia sido atacado de una enfermedad terrible, y parecia que ni los recursos de la ciencia, ni los cuidados más exquisitos, ni los ruegos, ni el dolor verdaderamente profundo de todo un pueblo, tenian fuerza bastante para detener la mano de la inexorable muerte, que aguardaba el momento de arrebatar la codiciada presa; cuando en aquellos instantes crueles, en que hasta la misma esperanza faltaba, el príncipe empezó á resucitar—segun dijo *The Times* con gráfica frase—y el soplo de la vida le animó de nuevo.

La alegría del buen pueblo inglés fué tan verdadera, como profundo habia sido su dolor.

Por otra parte, la reina Victoria prometió asistir á aquella solemnidad religiosa, y esto era un acontecimiento para los ingleses; porque la augusta señora, que representa el honor y la prosperidad de la nacion, viviendo en absoluto alejamiento desde la muerte de su esposo, el príncipe Alberto, hacia ya muchos años que no se presentaba en las públicas festividades de la corte.

Otra causa ha contribuido mucho al esplendor de la ceremonia.

Habia necesidad en el pueblo inglés de estrechar más fuertemente los vínculos de lealtad, de fidelidad y de respeto que le unen desde antiguo con sus monarcas, quienes son considerados en Inglaterra como una personificacion de la nacion: un naciente partido republicano, audaz, pero pensador, habia señalado la muerte de la reina como la última fúnebre página de las tradiciones monárquicas de la Gran Bretaña, y la primera del período republicano; y como la grave enfermedad del príncipe de Gales aumentó las esperanzas de aquél, bien puede decirse ahora que la manifestacion

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa (pág. 147).

del 27, espontánea y espléndida, ha sido la resurreccion del viejo realismo anglicano, respetuoso, pero lleno de afecto.

Por eso la ciudad de Lóndres presentó en tal dia un aspecto que no podrá olvidarse nunca: era una transformacion *fecrique*—como dicen los franceses—realzada por un tiempo magnífico.

Las casas habian desaparecido, por decirlo así, bajo una ornamentacion abigarrada, pero ingeniosa: la muchedumbre era inmensa; la animacion indescriptible, y las músicas tocaban el himno *God bless the prince of Wales* (Dios bendiga al príncipe de Gales), que ha sustituido en esta ocasion al tradicional *God save the Queen*.

El cortejo real salió de Buckingham-Palace á las once y media de la mañana, y fué recibido con entusiastas aclamaciones.

El príncipe de Gales estaba pálido, pero vagaba por sus labios una sonrisa franca y leal; la princesa jamás habia estado tan encantadora, segun el parecer de las damas; la reina Victoria miraba á su hijo con expresion de entrañable amor.

A las dos de la tarde, los cañones de Hyde-Park y de Green-Park anunciaron el fin de la ceremonia, y la regia comitiva, atravesando Holborn, Oxford-Street, Park-Lane y Green-Park, bajo una série de pintorescos arcos de triunfo, vistosamente adornados con cintas, flores y estátuas alusivas, llegó á Buckingham-Palace á las cuatro y media de la tarde.

* *

¿Quién dijera que al dia siguiente de esta suntuosa y popular fiesta, habia de ser testigo ese mismo palacio de Buckingham, donde aún repetia el eco las aclamaciones de la víspera, de una tentativa de regicidio!

Eran las cinco y media de la tarde, y volvia de paseo la reina Victoria.

Descendió del carruaje en el átrio del palacio, cuando un jóven irlandés, Mr. Arturo O'Connor, abriéndose paso por en medio de las personas que rodeaban el coche, acercóse á la reina y le presentó dos objetos bien distintos: el cañon de una pistola, y una *órden* de libertad en favor de los fenianos presos.

Apresurémonos á decir que la pistola era de chispa, y estaba descargada y mohosa.

Se comprende que haya regicidas como Ravaillac y Jacobo Clemente, como Orsini y Martin Merino; pero no se comprenden los propósitos de Mr. Arturo O'Connor.

Aquellos, inspirados por el fanatismo religioso ó político, dieron muchas de *quienes* consumar el crimen: éste las ha dado únicamente de ser un lunático, ó un tonto de capirote.

Fué preso en el acto y entregado á los tribunales.

* *

El fracaso que ha sufrido en la Cámara de Diputados de Berlin un proyecto de reforma de los impuestos, presentado por el ministro de Hacienda, ha causado profunda sensacion.

La entrada de Mr. Camphausen—así se apellida el ministro—en el gabinete aleman, habia sido recibida satisfactoriamente por la opinion pública y por el Parlamento, donde hoy dominan las ideas liberales, y era de creer que fuese recibido con aplausos el proyecto de abolicion de los dos impuestos que gravitan más onerosamente sobre el pueblo.

Sin embargo, la cuestion no era tan sencilla como lo parecia: la abolicion de los impuestos á que aludimos, afectaba notablemente á los ingresos de las municipalidades, y se tenia además una perturbacion profunda en la economía, bastante complicada, de las rentas públicas.

Cuando se examinaron por la Cámara las ventajas y los inconvenientes de la reforma propuesta por el ministro, hubo tal divergencia de opiniones y tantas fueron las enmiendas aprobadas, que aquél apareció como anulado, y Mr. Camphausen le retiró, desesperando del éxito de su obra.

No ha resultado ciertamente una crísis ministerial, aunque algunos periódicos han pedido la retirada del ministro, como consecuencia legítima, en buena teoría constitucional, de la derrota sufrida; porque Mr. Camphausen, sostenido á *outrance* por el príncipe de Bismarck, no quiere abandonar la árdua tarea que se comprometió á ejecutar paulatinamente, cuando aceptó la cartera de Hacienda: la reforma completa del sistema de impuestos en Prusia.

* *

Dos frases del príncipe Federico Cárlos se repiten hoy misteriosamente en los círculos políticos más importantes de Europa, y son objeto de muchos comentarios.

Hállase en Roma, desde hace algunos dias, el bravo vencedor de Sadowa y de Metz, y el domingo último de Febrero se celebró en su obsequio, en el palacio del Quirinal, un espléndido banquete, con asistencia, por supuesto, del rey Víctor Manuel, del príncipe Humberto y del presidente del Consejo de ministros, Mr. Visconti Venosta.

Terminada la comida, y cuando los convidados se hallaban en el salon del thé, el príncipe se acercó á Mr. Visconti, y le dijo:

—Parece que no son muy amistosas vuestras relaciones con Francia...

—No es verdad, señor,—respondió el interpelado;—hoy soy buenas. Se nos hace desear *un poco* el representante diplomático, pero sabemos que de esta tardanza no es culpable Mr. Thiers. Ahora es ministro Mr. Goulard, y esperamos á aquél sin la menor inquietud.

El príncipe se atusó el bigote, y como si la respuesta de Mr. Visconti le hubiese contrariado, replicó vivamente:

—No insistais, y no temais: *por algo está la Francia entre la Alemania y la Italia.*

—Príncipe, ¿qué quereis decir?

—*Que nosotros estamos detrás de vosotros.*

Le Journal de Rome, periódico semi-oficial del gobierno italiano, responde de la autenticidad de estas dos frases; los diarios de Berlin las reproducen sin comentarios, y los de París las cuentan á su manera.

Nosotros nos limitamos á copiarlas.

* *

El miércoles último, 28 de Febrero, falleció en Viena, á la avanzada edad de 82 años, el renombrado poeta Francisco Grillparzer, cuya popularidad era grande en Austria y en Hungría.

Habia nacido el 15 de Enero de 1790, y desde que se representó, en 1816, en *Burg-Theater* su primera produccion dramática *Die Ahnfeau* (El Abuelo), que obtuvo un éxito maravilloso, no dejó de escribir numerosas piezas, trágicas y cómicas, que ocupan el primer lugar en el moderno repertorio dramático de Alemania.

Una gran muchedumbre asistió á sus funerales; el emperador se hizo representar por dos ayudantes de órdenes, y los archiduques Alberto, Guillermo y Begnier estaban presentes, lo mismo que los condes de Andrassy y de Beust, el príncipe de Auersperg, el de Galdentz y otras personas distinguidas.

El cadáver de Grillparzer fué inhumado en el cementerio de Waehringen, entre las tumbas del inmortal Beethoven y del malogrado Schubert.

En Austria se honra al genio.

* *

Las sorpresas continúan en Versalles.

Ahora viene á pensar Mr. Thiers en que le es muy convenente acercarse á la derecha de la Cámara, y abandona á los diputados de la izquierda y del centro izquierdo,—lo cual supone que el presidente de la república francesa no ha conocido, ó no ha querido conocer, hasta el presente, que la asamblea *republicana* de Versalles es una asamblea esencialmente *monárquica*.

Pero como Mr. Thiers parece haberse condenado, desde 1830, á vivir en un *justo-medio*, pretende elegir nuevos ministros entre los partidos de la Cámara, con el fin de querer *contentar á todos y no dejar contento á ninguno*.

Obliga á dimitir al general Ladmirault, gobernador militar de París, y nombra para este puesto al general Faidherbe, el inseparable de Mr. Gambetta, tal vez con el objeto de no desagradar á la izquierda; y hace anunciar oficiosamente que la cartera de Obras públicas será confiada á Mr. Picard ó á Mr. Rivet, sacrificando al inofensivo Mr. de Larcy.

Las veleidades de Mr. Thiers no tienen cuento.

¿Está realmente con la derecha? ¿Está con la izquierda?

Hé ahí lo que no se sabe: ésta, en los primeros momentos del peligro, envia delegados al presidente de la república; y Mr. Picard, el flamante embajador en Bruselas,—no extraño, segun se dice, á las interpelaciones dirigidas en el parlamento belga al gabinete del rey Leopoldo, con motivo de la presencia del conde de Chambord en Amberes y de los indignos tumultos en aquella ciudad ocurridos,—llega á París cuando nadie le esperaba, convoca á sus colegas de glorias y fatigas, y les excita á manifestar desde ahora una actitud *enérgica*.

Resultado: otra veleidad de Mr. Thiers.

Y circulan entre tanto rumores de tenebrosos planes, de desembarcos bonapartistas, de una segunda edicion de la vuelta de Elba...

A cuyos rumores, desmentidos solemnemente por *L'Ordre*, órgano oficial en París de aquel partido, contesta el gobierno de la república con una órden *urgentísima* para armar en Cherburgo y Brest algunos buques, destinados á prestar el importante servicio de... pasearse por el canal de la Mancha.

De donde se deduce que *hace miedo*, y no poco, en las altas regiones oficiales de Versalles.

II.

Poco más ó ménos, como en Madrid.

Aquí la *coalicion nacional* es un hecho, y todos los partidos antidinásticos, unidos en amigable consorcio con el radical dinástico, se aprestan á combatir enérgicamente en las próximas elecciones.

Una cosa es de notar: el partido republicano, que proclamó «como principio de coalicion, la incompatibilidad del precepto constitucional de la soberanía nacional con *el principio fijado por el jefe del Estado para resolver las últimas crísis*,»—lo cual vale tanto, en términos claros, como declarar á éste fuera de la ley;—el partido republicano, decimos, es el que ha decidido la cuestion, algo oscura aún en los dias anteriores.

Y tambien es de notar la actitud de los radicales *dinásticos*, á juzgar por la de sus periódicos, con respecto al jefe del Estado.

Uno de éstos recuerda que la coalicion de 1843 derribó al general Espartero, y la de 1868 á doña Isabel II; otro escribe artículos como *Todos contra todo*, donde se dice que «están fuera de su asiento las más altas instituciones.»

Lo cual no obsta para que se blasone de dinásticos que los tres diarios aludidos pertenecen, segun el rumor, á hombres que formaron parte de los 191 votantes afirmativamente, en la para siempre memorable sesion del 16 de Noviembre de 1870.

El primer resultado de la coalicion ha sido un manifiesto de los radicales, que ha aparecido hoy, y que tal vez no acepten los otros partidos coaligados, último no sabemos cuál será.

El horizonte, no hay que dudarlo, está nublado.

La coalicion es un hecho gravísimo, y acontecimiento de mucha trascendencia se adivinan para un porvenir próximo.

* *

Animadas fiestas se han celebrado en Matanzas, la hermosa ciudad que puede considerarse como la Atenas de esa noble justa que sostienen en la isla de Cuba el trabajo, la constancia y la lealtad españolas, en los primeros dias de Febrero, con motivo de la festividad de la Candelaria.

Vióronse en ellas los nobles hijos de las islas Afortunadas, los bravos euskaros, los hidalgos castellanos, los catalanes industriosos, los asturianos y gallegos,—hijos españoles, en fin, que residen en la reina de las Antillas, unidos en amistoso lazo por amor á la patria.

Funciones religiosas, una feria-exposicion artística, cabalgatas, músicas, regocijos de todas clases se celebraron con órden y entusiasmo.

Muchos y muy notables fueron los objetos presentados en la Exposicion artística é industrial (y no pocos) tuvieron el honor de ser premiados desde las más sencillas máquinas agrícolas, hasta los exquisitos dulces de guayaba, y primorosas labores.

Allí no está la España de aquí, dividida en partidos políticos, impulsados por contrarios intereses y que se combaten mutuamente: allí está la España sóbria, laboriosa, adornada por el sentimiento dulcísimo del amor á la patria.

* *

El duque de San Cárlos, don José Carvajal Vera Queratl, grande de España, antiguo jefe superior de real casa, y mariscal de campo, falleció casi repentinamente en la noche del 1.º del actual.

Hidalgo servidor de la dinastía destronada por la revolucion de 1868, cumplido caballero y excelente amigo, su muerte ha sido muy sentida por todas las personas que le trataban.

Tambien ha fallecido el antiguo periodista don José Bravo y Destonet, director que fué de la *Correspondencia de España*, persona de grande instruccion y apreciable carácter, laboriosa y honrada.

El, como casi todos los escritores públicos de España, despues de una vida de actividad y sacrificios, ha muerto pobre.

III.

El novio de su mujer es el título de una comedia en tres actos y en verso, original de don Rafael García Santisteban, estrenada há pocas noches en el teatro del Circo, y pertenece á ese género de obras graciosas y delicadas que sabe hacer el aplaudido autor de *El cazo del gatto*.

El verso es sonoro, el diálogo fácil, y abunda en escenas de originalidad y buen gusto; y no es extraño que el público la aplaudiese, y llamase al autor al final de los actos segundo y tercero.

La ejecucion de la comedia, cuyos principales papeles fueron desempeñados por la señora doña Matilde Diez y por el señor don Manuel Catalina, fué inmejorable, y debemos omitir que la bella señorita Gilli caracterizó con acierto un papel difícil, mereciendo nutridos aplausos.

En el teatro Español se anuncia para muy en breve el estreno de *Doña María Coronel*, drama histórico, original de los señores Retes y Echevarría, cuya obra, se dice, logrará un éxito extraordinario.

* *

Las recepciones semanales, durante la temporada de Cuaresma, siempre son las mismas: no se halla, con el sentimiento de los jóvenes; pero se oye excelente música, delicadas conversaciones, y no pocas felices ocurrencias.

En los salones del conde de S... provocó una risa general cierto gracioso chiste de la hermosa hija de los condes de Z..., niña de doce años.

Un viejo *verde* murmuraba al oido de la niña palabras lisonjeras.

Esta huia, pero el trasnochado Tenorio seguia con insistencia.

De pronto, la niña se vuelve, precisamente en su propio lo de aristocráticas damas, muy conocidas en la buena sociedad madrileña: mira con fijeza al enamorado calavera, y con una graciosa sonrisa le pregunta:

—¿Cómo estás, abuelito?

Y al ver que éste arrugaba el entrecejo, cuando la intencionada pregunta, añadió con acento compungido:

—¡Ay! Perdone usted: ¡creia que era mi abuelo!

E. MARTINEZ DE VELASCO.

6 de Marzo de 1872.

OCHOA.

En el número IX de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA han visto sus lectores un grabado que representa, segun la leyenda, una «Sesion de la Academia Española, con asistencia de S. M. el emperador del Brasil;»—y en la pág. 138, la sucinta, elegante y discreta relacion que explica aquella lámina.

Representa ésta bien, aunque con ligeras inexactitudes disculpables en esta clase de dibujos, la mesa de la Academia en aquella noche (que fué la del 15 de Febrero), y las personas circunstantes. Marca el reloj muy exactamente el momento escogido por el dibujante, y debajo de él se divisa un personaje de barba gris, que tiene delante un libro grande abierto: aquel personaje es, con indisputable semejanza, el emperador del Brasil don Pedro II; aquel libro es uno de los preciosos códices de las célebres *Cantigas*, obra de otro monarca ilustrado, y monarca español, el rey don Alonso el Sabio. Códices que el humilde individuo de la Academia que traza estas líneas, tuvo la honra de presentar, á nombre de la corporacion, al inteligente y perito exámen de S. M. imperial, y que está analizando en aquel instante la elegante y erudita crítica de don Juan Valera. A la derecha de don Pedro se mira otra cabeza, tan acertadamente caracterizada por el artista, que nadie que haya visto dos veces á nuestro ilustre académico el señor don Antonio de los Rios y Rosas, podrá dejar de reconocerle. En las demás personas que rodean la mesa, ó no ha buscado ó no ha encontrado el autor de la lámina el acierto de la semejanza: con una sola excepcion, y por cierto bien extraña!—En primer término, y entre las figuras que están de espaldas, hay una que apoya la cabeza en la mano izquierda: aquella figura, ó mejor dicha figura, por mejor decir, de espaldas y todo, y en tan extraña actitud, es sin embargo un perfecto retrato. Algun ángel, como dice el vulgo (que suele decir cosas buenas), algun ángel guiaba el lapicero del señor Miranda: ¡solo que esta vez ese ángel era el ángel de la muerte!—¡El académico de tan singular manera retratado, se sentaba allí por la vez postrera! Ignoro si LA ILUSTRACION publicará algun retrato de este distinguido cultivador de las letras españolas: pero sé de cierto que ninguna imágen de tan caro amigo sacará lágrimas á mis ojos, como las que en este momento me arrasan al contemplar el ligero grabado que tengo á la vista y que voy analizando.

¿Y cómo, si no por inspiracion, pudo dar un artista á aquella figura una posicion tan impropia? Lo que la composicion pedia era que á todos los personajes allí congregados se les representase con ademan variado de atencion y de interes: pero ¿y esa cabeza así dolorosamente apoyada en la mano?—¡Ah! esa actitud podrá no ser artística; pero, por desgracia, es natural, es histórica, es verdad!—Don Eugenio de Ochoa, agobiado prematuramente, á la edad de apenas cincuenta y siete años, por dolencias físicas y dolores morales, tenia un agudísimo padecer de los ojos, terrible por las consecuencias que le auguraban los médicos, pero nada extraño en ojos sometidos por largos años á tan intensas y asiduas tareas, y mortificados con tan amargo llanto. Padecia además de la cabeza por las mismas causas, y ambos padecimientos le habian hecho contraer el hábito de sostenerse la frente con la mano, y defender de la luz los casi cerrados ojos.

He dicho que aquella representada en la lámina fué la última sesion de nuestra Academia á que asistió mi incomparable amigo; y añadiré, por si al darse estas líneas á la estampa hay todavía algun español que no lo sepa, que acometido Ochoa pocas horas despues traidoramente de una enfermedad compleja y misteriosa, sucumbió á ella su constitucion debilitada el dia 28 del mes último, á cosa de las nueve de la mañana.

¿Quién era *Ochoa?*—Y ante todas cosas: ¿por qué se nombra aquí á tan distinguido sujeto, así, por su apellido á secas, tratándose de hacer su elogio fúnebre?

Responderé diciendo: que en mi humor raro y natural estilo, y hablando en semejante asunto, que tanto aparta de las humanas grandezas, son pueriles y molestas las vanas superfluidades. Yo tengo para mí (no sé si yerro), que aunque son muchos los que en España llevan este apellido, cuando se dice *Ochoa* sin otro aditamento, todo el mundo sobreentiende que se habla del Excmo. é Illmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española, ex-consejero de Estado, ex-diputado, ex-director de Instruccion pública, etc., etc., etc., condecorado además con no sé qué gran cruz española desde mucho ántes que se hubieran achicado tanto en España las cruces llamadas grandes, y honrado con otras distinciones por gobiernos extranjeros, de quienes no habia sido periodista adulador, ni mañidor de banderia política, ni siquiera conspirador alevoso. De este caballero tan distinguido y encumbrado, ilustre sin necesidad de ser ilustrísimo, y excelente por virtud propia y de aquella excelencia que no se contiene en títulos ni en diplomas, entiendo yo que se entiende que hablo nombrándole *Ochoa* á secas. Quédese allá para otros Ochoas el trabajo de designarse y particularizarse por prenombres y adeliños; para la generacion presente, y áun para muchas de las futuras, *Ochoa* será sin titular este Ochoa mio; así como *Breton* no podrá ser otro que don Manuel Breton de los Herreros, *Cánovas* don Antonio Cánovas del Castillo, *Zorrilla* don José el poeta (á lo ménos si de hombres de letras se trata), y así de otros varios que sería prolijo enumerar.

A la pregunta de «¿quién era Ochoa?» queda virtualmente respondido si se refiere á la figura que en esta sociedad y en este mundo hizo el malogrado don Eugenio: si lo que se pide es un conocimiento más íntimo de su persona, ó habria que llenar mucho mayor número de páginas de las que aquí ahora se me ofrecen, ó bien contestar lacónicamente diciendo que Ochoa era un hombre de quien podia decirse, como Salomon en sus PROVERBIOS: «*Cujus desiderium vinclamum est.*»—De ingenio clarísimo, de espíritu elevado, de vasta instruccion y estudios sólidos, sobresalia ante todo por su índole bondadosa, por su condicion apacible, por su ameno trato, por aquella ecuanimidad y general benevolencia que irresistiblemente conquista los corazones. Queríanle sus maestros, y entre ellos con predileccion los célebres Lista y Hermosilla, de quienes fué discípulo en el antiguo colegio de Madrid titulado de San Mateo; amábanle cordialmente sus compañeros y amigos, y de estos tenia Ochoa el don especial de hacerse muchos, y lo que es más, de conservarlos; adorábanle, en fin, los individuos todos de su familia, sobre los cuales derramaba el amantísimo padre raudales de ternura. No era el mérito de Ochoa de los que excitan envidia y rivalidades; pues áun cuando estas pasioncillas sean tan comunes en España, y más entre gente que se disputa los favores de las nueve Hermanas, quedaba toda emulacion desarmada, y aplacado todo humor celoso, ante la candorosa y sincera mansedumbre de un hombre que, en medio de tan evidente superioridad, ni queria eclipsar á nadie, ni ofendia á los demás con el tufo de la vanidad petulante, ni los hería con esas pias de que está revestido y que suele lanzar como el puerco-espin el vano y jactancioso Orgullo.—Muy léjos de esto, si algo perdia de su autoridad la crítica de Ochoa, quien la ejerció en innumerables escritos sobre varias materias literarias, era precisamente por su benignidad excesiva: la indulgencia de su carácter le incapacitaba para el oficio de juez; era en él, como en nuestro compañero Hartzenbusch, una especie de enfermedad crónica.

Referiré á este propósito una anécdota, áun á riesgo de que parezca impertinente.—Fuí cierto dia á verle, y le hallé, como siempre, ocupadísimo. Mientras terminaba el período que iba fluyendo de su pluma, tomé al acaso un libro de sobre su mesa: era la coleccion de poesías de un autor novel, enviada á Ochoa para que hiciese su juicio crítico. Pareciómе tan desatinado y estrambótico lo que iba leyendo, que no pude resistir á la tentacion de ir poniendo en el libro con mi lapicero notas marginales, comentarios, y escolios tanto ménos caritativos, cuanto más seguro estaba yo de que habian de quedar inéditos. Como mi amigo seguia divertido en su trabajo, tuve tiempo para llenar casi todo el tomo con mis inclementes observaciones. Cuando Ochoa dejó la pluma y se enteró de mi trabajo crítico, prorumpió en grandes explosiones de aquella risa infantil con que descubria, como pocos hombres á su edad, la belleza y candor de su alma: al fin convino conmigo en que, fuera de la aspereza de la forma, la censura nada tenia de injusta. Despedíme, pues, persuadido de que adoptaria mi modo de pensar, sin perjuicio de dorar cortesmente la píldora: mas ¡cuál no seria mi asombro al ver aparecer en un periódico un juicio crítico de don Eugenio de Ochoa, poniendo en las nubes el tal librete, encomiando las *disposiciones* del autor, y citando versos que—¡Dios me perdone!—áun á mí mismo me parecieron buenos!

He insistido tanto en la bondad de carácter de nuestro Ochoa, no solo por parecerme que era su cualidad culminante, sino porque, en mi sentir, no es fruta que abunda en esta tierra. Lo mismo pudiera decirse de su infatigable laboriosidad, que tal vez fué excesiva, hasta el punto de minar su constitucion ya por sí no muy robusta. Desde su niñez se aplicó con ansiosa avidez á los estudios: cuando en los albores de la juventud marchó á París, ya familiarizado con la lengua francesa, y asistió de alumno á la Escuela de artes y oficios, llegó su aplicacion hasta el entusiasmo, y puede decirse que desde entónces hasta los últimos dias de su vida emprendió sin interrumpirle el sistema de aprender y de producir constante y simultáneamente. Prendado, más de lo justo á mi entender, de las resucitadas y exageradas ideas del romanticismo, pero del romanticismo á la francesa, no como le profesaban por acá don Agustin Duran, y otros maestros bien penetrados del espíritu español, entusiasta admirador del heresiarca literario de la época, de ese talento gigante, que, unido á un espíritu rebelde, á una ignorancia de marca mayor y á un orgullo satánico, la pasado la vida derramando sacos de diamantes mezclados con vidrios rotos, ideas sublimes y pueriles, armoniosos cantares y versos hechos con guijarros, máximas cristianas y blasfemias, apologías de, y diatribas contra todos los sistemas políticos conocidos: *Escrinado, repito*, Ochoa por la aparente brillantez de la nueva escuela francesa y de su apóstol, se propuso á su regreso á España darnos traducido á Víctor Hugo, y á otros autores de la misma laya. Cuánto modificó despues sus ideas, lo pruebe el hecho singular de que, siendo censor de teatros, vedó la representacion del *Antony*, una de sus más esmeradas traducciones, ántes representada con aplauso. Esto de *prohibirse á sí mismo*, es un rasgo poco comun de probidad, y probidad literaria sobre todo.

Ya que he hablado de sus traducciones, diré que han sido infinitas y de muy variados géneros; lo cual no impedia que brotase de tiempo en tiempo alguna produccion original de su lozano ingenio. Recuerdo con este motivo que habiéndonos reunido á comer en su casita de Montmorency á unos cuantos amigos, y molestándole lo excesivo de su tarea traductora, que le llevaria (dijimos por sazonar el vejámen) hasta á traducir el verino lago de Enghien, nos sorprendió agradablemente mostrándonos el manuscrito de un volúmen de poesías sueltas originales, ya ordenado para la imprenta.—«Pero, Ochoa, le pregunté yo, ¿cuándo se hace usted todas estas cosas?»—«Mientras traduzco,» respondió con ingénua sencillez: «y bien mostrando con su profunda y verdadera respuesta á cuánto alcanza la fuerza de voluntad de un hombre inteligente y laborioso, que sabe, por decirlo así, redoblar la potencia de sus facultades.

Y ya que he nombrado á Montmorency, permítaseme paladear el dulce recuerdo de los dias en que, ya en la citada casita, ya en su habitacion del *Faubourg St. Honoré*, era el excelente Ochoa el centro de gravitacion de la colonia española, que por entónces *comia* en la gran capital el que nosotros llamábamos por burla y chacota *pan amargo de la emigracion*. Sin declararnos tales emigrados políticos, al ménos los que no nos creíamos de importancia bastante, aunque alentados en efecto por las vejaciones del furor revolucionario, unos vivian de sus rentas, otros de lo que nos producia un modesto trabajo, y todos nos veíamos diariamente en casa de Ochoa, y pasábamos en ella ratos deliciosos á favor de la amabilidad de sus dueños. Allí concurrian hombres notabilísimos que han precedido al buen Eugenio en el camino de la tumba: Donoso Cortés, Pacheco, Morales Santisteban, el pintor Villamil y otros muchos, con no pocos que todavía viven, como Benavides, Puente y Apecechea, Bravo Murillo, Escosura, etc., etc.; alternábamos con varios literatos y artistas compatriotas allí establecidos, ó que iban y venian de la capital de España á la de Francia.—Ochoa fué para todos un guia, un introductor en la sociedad, un protector benévolo, y acaso acaso para algunos, entre los que me complazco en contarme, un verdadero bienhechor. Con las ocupaciones *sérias propias de viajeros estudiosos*, alternaban las diversiones de varias clases, ninguna desordenada, y todas sazonadísimas de exquisito buen humor. En prueba de éste referiré una broma inocente y casi infantil, pero fundada en el bondadosísimo carácter de nuestro Ochoa. Por esa cualidad suya se habia hecho tan popular en el citado Montmorency y en los lugares circunvecinos, que, como suele decirse, le conocian hasta las piedras, y era de gentes de todas clases bien quisto y apreciado. Al dirigirle de París una carta, se me ocurrió la extravagante idea de ponerle de esta manera el sobre: «*Monsieur—Mr. le Chevalier d'Ochoa, Archipampane de Séville, demeurant à Montmorency.*—Alborozado el administrador de correos del pueblo con la noticia que aquel sobrescrito le llevaba, la divulgó por toda la villa, diciendo que una alta dignidad ó cargo público se habia conferido á Mr. Ochoa; el resultado fué llenársele la casa de gente que iba á darle la enhorabuena, todos congratulándose y ansiosos de informarse de la categoría y circunstancias de un archipámpano, de *si le traitement était considérable*, y la residencia en Sevilla obligatoria: cosa que todo el mundo hubiera lamentado. Ochoa respondia, con gravedad modesta, que todo se

reducia á un título muy honorífico, pero sin ninguna especie de sueldo, emolumentos ni adehalas.—Para desquitarse me contestó, dirigiendo su carta á «*Monsieur S... Riche homme d'Alcalá*, etc.» pero en París, naturalmente, la venganza no tuvo efecto.

Dudo si la benignidad del lector alcanzará á perdonarme semejantes niñerías; diré por disculpa que mi ánimo ha sido pintar al malogrado amigo en la dulzura y amenidad de su trato íntimo, hacer patentes las principales prendas de su noble carácter, y no enaltecer al don Eugenio de Ochoa, literato, funcionario público, ó hombre político, aspectos bajo los cuales es más generalmente conocido y estimado. Otros periódicos han hablado ya de su vida pública, de su carrera y posiciones oficiales, de sus obras literarias más notables; y por último, la Real Academia Española, á la cual ha pertenecido por espacio de 27 años, 5 meses y 23 días (habiendo sido elegido á los treinta años de edad), ha encomendado ya su elogio fúnebre á pluma mejor cortada que la mia, y que conociendo no ménos íntimamente que yo á nuestro amadísimo compañero, le hará cumplida justicia.

El periódico de Madrid, *La Epoca*, ha publicado tambien hace algunos dias una bien escrita necrología firmada por ***; pero son pocas tres estrellas para eclipsar ó impedir que se trasluzca el brillo de un estilo terso y de un corazon afectuoso. Háblase allí del enlace del señor Ochoa con la familia de los Madrazos: de la entónces hermosa jóven, y hoy y siempre amabilísima dama é incomparable esposa y madre de familia, puede decirse, no que enlazó la suya con la de su amantísimo consorte, sino que las soldó, y fundió á su Eugenio en la que le habia dado el sér, y que tan buen nombre tiene hace dos ó tres generaciones en las artes y en las letras.

Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez, agraciado recientemente con el Toison de Oro.

Ahora, aunque parezca quizá extraño á mi propósito, quisiera yo hacer una pregunta.—Familia tan unida y afectuosa que así pierde prematuramente un padre solícito, tierno y amoroso, padre de quien hereda tan buen nombre, un padre de prendas tales, tal valía..., ¿en dónde podrá hallar consuelos sino en una fé viva y una firmísima esperanza, que solamente la religion verdadera alcanza á comunicar?

De mí sé decir, que cada vez que pierdo de estos amigos del alma desaparecen mucho más si es como Ochoa uno de aquellos

che di salire al ciel diventa degno,

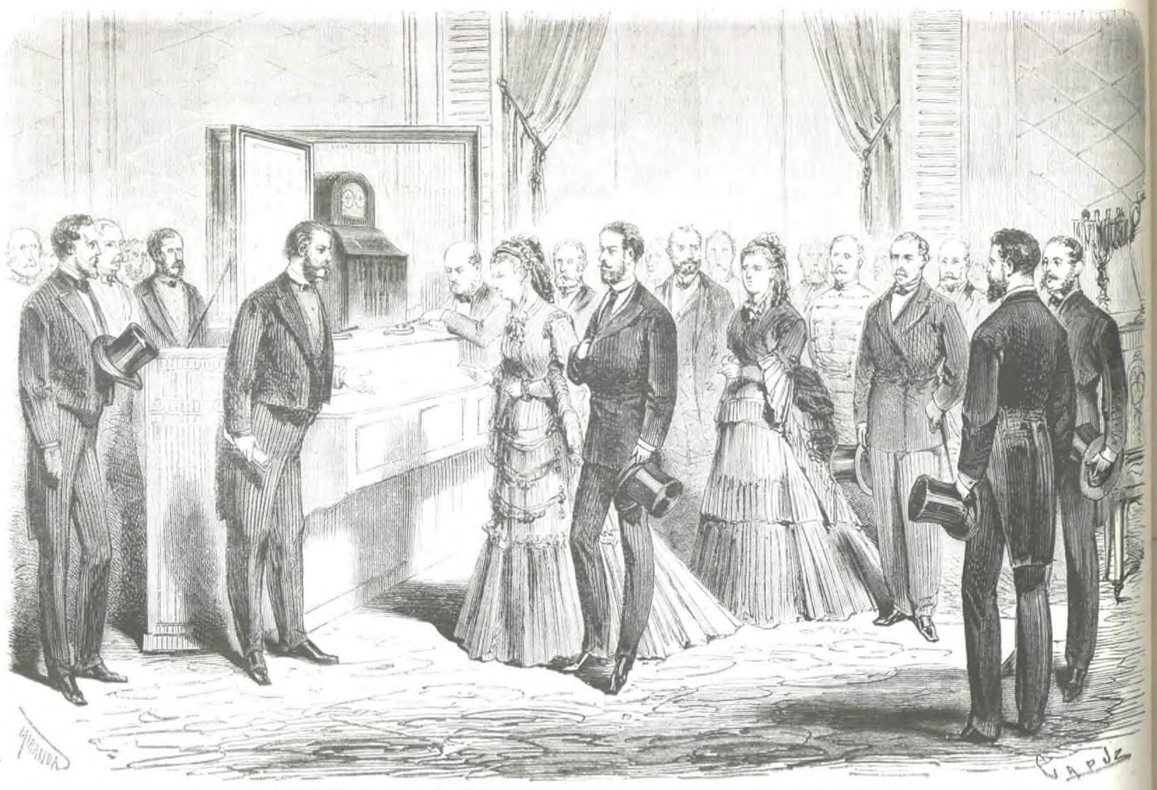
imagino ver con los ojos á su espíritu, cuando el vuelo hácia las regiones iluminadas donde gran muchedumbre de otros séres queridos nos espera; y siento deseo de reunirme á ellos, y siento, como el padecer de una celestial nostalgia, prorumpo impaciente en mi interior jaculatoria: *¡Cupio dissolvi et esse cum Christo!*

ANTONIO MARÍA SEGOVIA.

EL DUQUE DE FERNAN-NUÑEZ.

El retrato de este ilustre prócer, representante de una de las familias más antiguas, más nobles y más ricas de nuestra patria, hallarán nuestros lectores en el primero de los grabados de esta página.

El duque de Fernan-Nuñez, conde de Veraguas y el de Abrantes, fué uno de los primeros que prestaron adhesion á la dinastía de Saboya, y hallándose en el extranjero cuando se verificaron las últimas elecciones de diputados á Cortes, primeras que se celebraban bajo el reinado de don Amadeo, dirigió una apresiva circular á sus administradores y apoderados en diferentes puntos de España, encareciendoles la conveniencia de no oponer obstáculos al gobierno constituido, é invitándoles á emitir sus sufragios en favor de los candidatos afectos



MADRID.—Experimento oficial de los nuevos aparatos inter-telegráficos (pág. 150).

Hoy reside en Madrid, y acaba de ser agraciado por S. M. con un collar de la insigne Orden del Toison de Oro.

LOS MINÓMANOS.

CUENTO QUE NO LO ES.

(*Conclusion.*)

III.

Los minómanos estaban almorzando en la cocina; porque como hacia frio y en el hogar ardia medio carro de leña, habian querido que les pusiesen allí la mesa y no en el piso principal, que estaba como una nevera.

—¡Deo gracias! dijo Chomin apareciendo á la puerta de la cocina, seguido de los demás besugómanos. Que aproveche, señores.

—¿Ustedes gustan?

—Muchas gracias, que ya lo hemos hecho. Con permiso de ustedes y de Pepa-Ramona, vamos á encender la pipa.

—Ustedes le tienen.

Pepa-Ramona, que era la tabernera y quizá la única vecina del pueblo que ponia buena cara á aquellos perdidos porque le traia cuenta, alargó á Chomin un tizon encendido.

Los minómanos, por boca y mano de don Celestino, ofrecieron un vaso á los besugómanos, que aceptaron por boca de Chomin.

Cada cual iba á su negocio, que para don Celestino era el descubrimiento de una nueva venera, y para Chomin el descubrimiento de unos inocentes que les pagasen una buena besugada.

Don Celestino, ó Célos, como le llamaban familiarmente sus imberbes compañeros, era un hombre de mediana edad, seco de cara y de ingenio, afable, candoroso, con sus puntas de presuncion de listo y sus ribetes de codicia. En cuanto á sus compañeros, eran un par de mozuelos incautos que en Madrid hubieran sido tomados por un par de horteras, á quienes don Celestino habia infundido la esperanza de eclipsar con su fortuna la de los Aguirres y Ochandáteguis.

Don Celestino era uno de los muchos que en Bilbao se tiran de los pelos por habérsele *tomado* á todo el que creia empresa séria la perseverante y bien calculada de los señores Ochandátegui y Aguirre.

—¿Ustedes conocerán mucho estas cercanías? preguntó don Celestino á Chomin.

—¡No las hemos de conocer! Jesús, palmo á palmo.

—¿Y qué tal, hay por aquí muchas veneras?

—¿Qué, vienen ustedes en busca de ellas?

—Hombre, tanto como eso no: hemos venido á dar un paseo; pero si hubiera por ahí algo que mereciera la pena de denunciarse, siquiera para dar nombradía y dinero al pueblo, mataríamos dos pájaros de una pedrada.

—Pues nosotros sabemos de una venera, que tan buenas las puede haber en Vizcaya, pero mejores no.

—Recontra, ¡es buena! asintieron los tres mozos.

Los ojos de los minómanos brillaron de alegría, y don Celestino no sólo alargó un nuevo vaso de vino á los aldeanos, sino que sacando la petaca, dió á cada uno un hermoso cigarro puro, con que Chomin y compañía sustituyeron á la pipa.

—Pues, hombre, dijo don Celestino, si no está léjos de aquí podíamos ir á verla, y quizá á ustedes y nosotros nos tuviera cuenta.

—Cerca de aquí está; pero es el demonche que estamos esperando á un caballero de Bilbao, á quien le hemos prometido enseñársela, y no quisiéramos faltarle á la palabra; porque la última vez que estuvo aquí y nos encargó que le buscáramos una buena venera, estuvo tan fino con nosotros, que nos convidó á comer con él y todo le parecia poco para obsequiarnos.

—¡Caray! ¡señor más generoso! exclamó el mozo de las interjecciones.

—Pues á generosos y agradecidos no nos gana nadie á nosotros, repuso don Celestino. Ea, á ese señor le buscan ustedes por ahí otra venera, y mientras hacemos tiempo para que aquí Pepa-Ramona nos ponga una buena besugada que despacharemos juntos esta tarde, nos vamos á ver la que ustedes tienen ya descubierta.

Chomin y sus compañeros se miraron con el rabillo del ojo, como diciendo: ¡ya cayeron estos peces en la remanga!

—En fin, respondió Chomin, si estos chicos que deben estar tan agradecidos como yo al caballero de Bilbao, pues participan tambien de sus obsequios, se deciden á que por servir á ustedes hagamos una mala partida á tan buen señor...

—¡Reconcho! No tenemos en ello inconveniente; que de buenos á buenos caballeros no hay nada, y los señores nos parecen inmejorables.

—No les pesará á ustedes. Si á ustedes les parece, nos iremos ahora mismo ántes que llueva, porque amenaza agua.

—Son ya las doce, y en casa nos estarán esperando para comer. Lo mejor es que vayamos á avisar que no nos esperen.

—Sí, vayan ustedes en un vuelo, que aquí comeremos todos juntos, pues nosotros no hemos hecho más que tomar una sopa de ajo y un trago.

—Pues ea, vamos; y no extrañen ustedes que tardemos un poco en volver, porque todos vivimos en caseríos que están donde Cristo dió las tres voces.

Cuando los besugómanos estaban fuera de la taberna, los tres mozos cuchicharon en voz baja al viejo, pero satisfechos del reverso á que habia apelado para comer besugo aquella tarde.

—¡Repuño! ¿Está usted loco, Chomin? le dijeron por boca del de las interjecciones, que era el que siempre llevaba la palabra. ¿Qué venera ni qué cuyo lessanes á enseñar á los chinghos, si no hay rastro de ellas en toda la jurisdiccion del pueblo?

—Hay una muy rica á quinientos pasos de aquí.

—¿Dónde, carámbano?

—En la cañada del castañar más ancha del crucero.

—¡Sangre! ¡si lo que allí hay son peñas *calidas*!

—Pues las peñas calidas se convertirán en peñas de fierro, y las peñas de fierro en besugos, por y vino á mente. *Vamos* conmigo, incredulos, y sabrá cómo se hace este milagro.

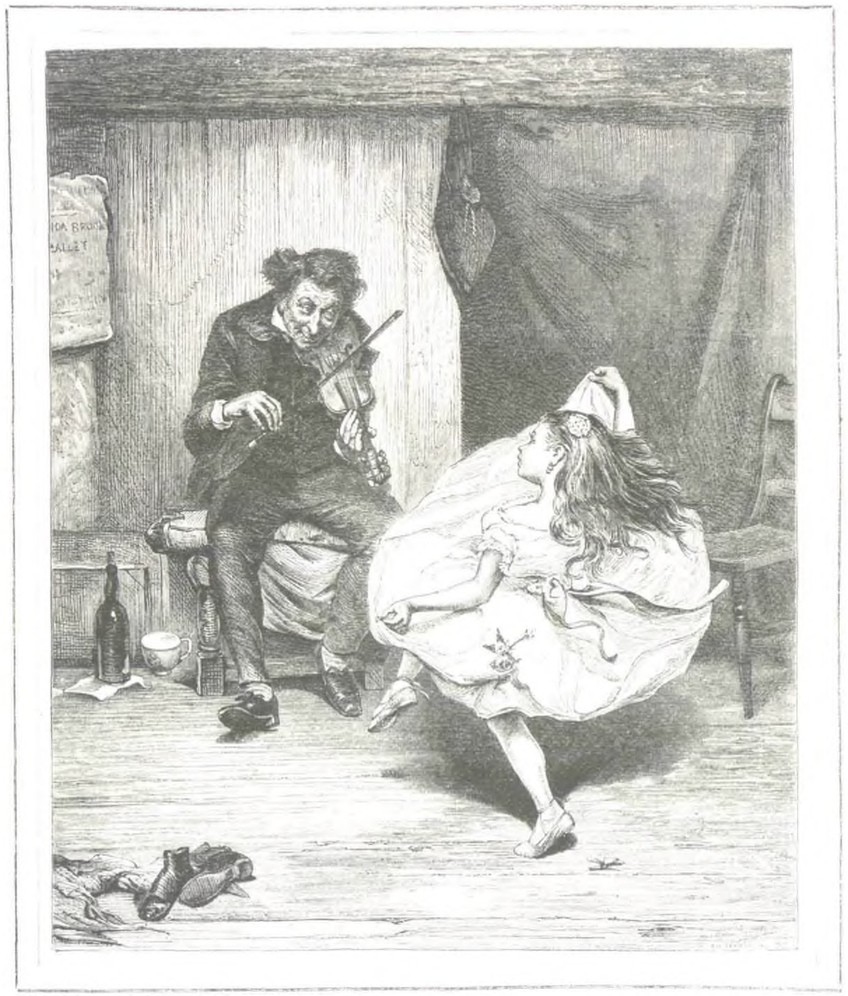
Al pasar por la fuente que manaba á la entrada de un castañar, Chomin rebuscó entre los helechos secos, y encontrando la mitad de un cántaro roto, le cogió, y todos continuaron hácia el crucero que estaba pasado el arroyo que bajaba por la cañada.

El crucero era una plazoleta donde cruzaba la carretera un camino trasversal, y donde los vecinos de la barriada principal de la aldea dejaban ó descargaban los carros cargados de vena cuando iban de las veneras de Somorrostro para tomarlos allí al ir á las herrerías, evitando así la cuesta que mediaba entre el crucero y sus casas.

Chomin llenó el tiesto de *miñon* ó polvo de vena, é hizo que sus compañeros llenaran las lóbinas de *chirta* ó vena menuda, y todos se dirigieron castañar arriba.

Los mozos sonreian plácidamente, empezando á comprender la jugarreta del viejo.

Llegados á dos peñas calizas que blanqueaban una vara á flor de tierra entre el helecho y las árgomas, subiendo cuesta arriba, á la orilla del arroyo, se detuvieron allí.



BELLAS ARTES.—«El ensayo del baile» (pág. 151).

MINISTERIO DE EDUCAC
INSTITUTO

Chomin llenó de agua el cacharro, revolvió el miñon, y haciendo una brecha con un manojo de ramas de brezo, fué tiñendo con aquella especie de pintura de color cárdeno las dos rocas, que adquirieron así el aspecto de rocas de purísimo hierro.

—Ea, exclamó; una vez terminada esta operacion, y despues de esparcir la chirta entre la maleza en torno de las peñas, y de arrojar el tiesto en un argonal, ¿hay aquí venera ó no la hay?

—¡La hay tan buena como las mejores de Triano y Galdámes! contestaron los mozos admirados de la saluduría de su maestro de picardías, y agotando en su alabanza el pudoroso vocabulario interjeccional de los *gaminos* vasco-cántabros.

Y los cuatro se dirigieron hácia la taberna poquito á poco, para dar lugar á que una buena solanilla que habia asomado por entre los negros nubarrones que cubrian el cielo, secase el tizne de las rocas calizas.

IV.

Los minómanos esperaban á los besugómanos con mucha impaciencia, temerosos de que se hubieran arrepentido de su promesa de enseñarles la venera y no volviesen.

Don Celestino encargó á la tabernera que fuese escamando besugos, y minómanos y besugómanos se encaminaron contentísimos á la cañada del Castañar.

Los ojos de don Celestino y los de sus incautos compañeros brillaban como ascuas buscando la prometida venera. Al fin los tres lanzaron un grito de alegría al descubrirla.

—Aquí tienen ustedes lo prometido, dijo Chomin. Aquí no hay *cabones*; aquí todo es fierro puro, y estoy seguro de que todos los barcos de Inglaterra no agotan en un siglo la vena que debajo de estas muestrecillas hay. Con que ¿es alhaja ó no lo es la venerita esta?

—¡Magnífica, soberbia, piramidal! contestaron los tres minómanos, á adjetivo encomiástico por barba. Lo ménos, añadió don Celestino, da esta vena el ochenta por ciento de fierro como lo mejor de Somorrostro y Galdámes.

—Pues vean ustedes la chirta que asoma por aquí, dijo otro de los minómanos recogiendo algunas de las piedrecillas que los besugómanos habian sembrado entre la maleza.

—¡Fierro puro! asintió don Celestino examinándolas.

Algunas gotas de agua comenzaban á caer.

—Señores, dijo Chomin, nos vamos á mojar si nos detenemos aquí un poco.

—Es cierto, que viene por el lado de Somorrostro una orilla de mil demonios; pero lo que tenemos que hacer aquí pronto se despacha.

Así diciendo, don Celestino sacó del bolsillo un metro y una aguja náutica, y despues de acordar con sus compañeros las *pertenencias* que debian denunciar, orientó y midió la mina con aire magistral, y echaron todos á correr, porque el chubasco aprelaba.

—Pepa-Ramona, exclamó don Celestino al entrar en la taberna, es necesario que hoy eche usted la casa por la ventana en nuestro obsequio. Besugos sin duelo, y el mejor pan y vino que usted tenga en casa.

—No tengan ustedes cuidado, que casi á besugo por barba van á salir; pues son ustedes siete, y los besugos seis. En cuanto á pan, vino y postres, corresponderán en calidad y cantidad á los besugos.

Mientras Pepa-Ramona aviaba la besugada y ponia la mesa, se discutió solemne y detenidamente el nombre con que se habia de denunciar la mina.

Las opiniones fueron muchas. Don Celestino, que deseaba fuese el nombre alternativamente encomiástico, propuso que se adoptase el de *La que echa la pata á lotas*; pero este nombre se desechó, no por poco poético, que aquella gente no entendia de poesía, sino por largo, y se convino al fin, como un homenaje á Chomin, al patriarca de la reunion, y como hombre tambien altamente encomiástico de la riqueza de la venera, en que ésta se llamase, como proponia Chomin, *La pintiparada*, cuyo eufonismo correspondia tambien á una venera que no podia ser mejor ni pintada.

—Cuando ustedes gusten, señores, dijo Pepa-Ramona; y minómanos y besugómanos se arrojaron como leones á la besugada.

Una hora despues, los seis besugos, un queso de bola, una cántara de vino y cuatro panes grandes y tiernos estaban entre cuero y carne, y una tanda de copas de Jerez coronaba la funcion.

Llovia á mares; y los minómanos, en vista del agua y tambien en virtud del vino, determinaron pasar allí la noche y emprender su regreso á Bilbao la mañana siguiente.

Hicieron bien, porque si con la cabeza fria habian dirigido tan mal el tilburí que habian dado cuatro vuelcos á la ida, ¿cuántos vuelcos no hubieran dado á la vuelta dirigiendo el tilburí con la cabeza caliente?

Chomin y sus discípulos reventaban de llenos, y tenian una chispa que no se podian lamer. La noche se acercaba, y á instancias de la tabernera, que temia se le desnucasen tan buenos parroquianos si se retiraban despues que cerrase la noche, se despidieron tartamudeando y se alejaron de la taberna haciendo eses.

Una hora despues la noche era como boca de lobo; continuaba diluviando, y los minómanos roncaban soñando que un inglesote les ofrecia cien mil libras esterlinas por *La pintiparada*.

El dia siguiente amaneció despejado.

Los minómanos, que sin dificultad habian acertado á desenganchar del tilburí el caballo, se desesperaban porque no acertaban á engancharle. Al fin, mal ó bien, lo consiguieron con ayuda de un chico de la tabernera, que adivinó cómo se hacia aquella operacion, observando las partes usadas de las varas y de las correas, y se pusieron en camino inmediatamente.

La carretera atravesaba la cañada del Castañar donde estaba la famosa venera.

—Señores, dijo don Celestino deteniendo el tilburí, un entusiasta saludo de despedida á *La pintiparada* ántes de alejarnos de ella.

—Sí, sí, ¡viva *La pintiparada!* exclamaron todos poniéndose de pié en el tilburí y levantando en alto los sombreros.

—Pero no basta esto, añadió don Celestino; propongo que echemos pie á tierra y vayamos á saludarla más de cerca, y así podremos ratificar la orientacion y las medidas que ayer el chubasco nos obligó á hacer de prisa y corriendo, no sea que despues tengamos dificultades con la designacion.

—Aprobado, aprobado por unanimidad.

Y saltando del tilburí los tres, ataron las riendas del caballo á un castañuelo de la orilla del camino, y tomaron cañada arriba por la orilla del arroyo buscando con la vista á *La pintiparada*, sin lograr descubrirla.

—¡Calla! exclamó don Celestino; anoche ha nevado.

—¿Cómo que ha nevado? replicaron sus compañeros.

—Sí, que *La pintiparada* blanquea. ¿No lo veis?

—¡Cierto! ¡Cosa más particular!

Los minómanos dieron algunos pasos más hácia las rocas, blancas entónces y la tarde anterior negras, y lanzaron un grito de indignacion.

¡La lluvia habia barrido el tizne ferruginoso, y aquellos peñascos habian recobrado su fisonomía calcárea!

A pesar de su natural candor, los minómanos comprendieron la jugarreta de los besugómanos, y prorrumpieron en furiosas amenazas y denuestos contra aquellos pillastres, de cuya picardía ya no les quedó duda cuando, al romper ciegos de cólera por entre las argomas, tropezaron con el tiesto embadurnado de minion que Chomin habia arrojado allí despues de la techuría.

—¡Volvamos á la aldea para buscar á esos pillos y romperles el alma! exclamaba don Celestino.

—¡Sí, sí, volvamos y demos una paliza á esos arlotes, más que arlotes! asentian sus jóvenes é incautos compañeros.

Mari-Pepa estaba á la sazon llenando la herrada en la fuente del Castañar.

—Diga usted, buena mujer, le preguntaron balbuciendo de coraje; ¿dónde viven Chomin y los tunantes que estaban con él en la portalada de la taberna cuando usted pasó ayer á la fuente y habló con ellos?

—Todos viven allá en el quinto infierno.

—¡Arlotes, más que arlotes!

—¿Pero qué les ha pasado á ustedes con ellos, que tan furiosos están?

—Pillada como la que nos hicieron ayer, no se hace ni con los moros del Riff.

—¿Qué, les sacaron á ustedes los cuartos aquellos perdigones?

—Haga usted cuenta que sí, pues nos sacaron una magnífica besugada.

—¡Ja, ja! ¿Y cómo se las compusieron para ello?

—Pintando de color de vena unas peñas calizas, para embocárnoslas por venera.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Eso es, ríase usted de la gracia!

—Pues sí que la tiene el lance. ¡Ja, ja, ja; comedia más graciosa!

—¡Calle usted, *sinsorgo!*

—Los sinsorgos son ustedes, que se la dejan pegar el dia de los Santos Inocentes.

—¡Calla! exclamó don Celestino volviéndose á sus compañeros; y que tiene razon esta mujer, que ayer era dia de los Inocentes. ¡Pero, hombre, no he caido nosotros en ello!

—No es extraño que no cayeran ustedes, dijo la Pepa con sorna; que para ustedes los buscadores, veneras, todos los dias son dia de Inocentes.

Los minómanos bajaron tristemente la calle, volviendo á montar en el tilburí, se alejaron de la aldea silenciosos, mientras Mari-Pepa, volviendo á la fuente con su herrada en la cabeza, cantaba:

Hay en Vizcaya no pocos
que corren de cerro en cerro
haciendo venta de fierro,
porque la tienen de locos.

ANTONIO DE TRUEBA.

EXPERIMENTO OFICIAL

DE LOS NUEVOS APARATOS INTER-TELEGRÁFICOS.

Tiempo hace ya que se venia hablando, en los círculos científicos de la corte, de una invencion utilísima; ésta consistia en un aparato especial para establecer una comunicacion instantánea entre particulares y las oficinas de algunos servicios públicos, tales como las inspecciones de vigilancia, casas de socorro, etc.

Efectivamente; un modesto empleado en telégrafos, el señor Bejar Olavlor, es el inventor de un sistema, cuyas pruebas primeras, hechas privadamente, ofrecieron desde luego buen resultado, y un ensayo oficial se verificó en esta corte, en el palacio de la Presidencia del Consejo de ministros, en la tarde del 25 de Febrero último.

Asistieron al acto los reyes, varios ministros, el capitan general y el gobernador civil de la provincia, comisiones de la diputacion y del ayuntamiento, diputados y ex-senadores, representantes de la prensa y no pocas personas distinguidas é ilustradas; el éxito nada dejó que desear á los más exigentes.

No podemos ofrecer á nuestros lectores una descripcion minuciosa del aparato inventado por el señor Bejar, que éste describe con gran copia de detalles en una *Memoria* escrita con tal objeto y presentada al señor presidente del Consejo de ministros; pero puede formarse una idea aproximada de tal invencion sabiendo que cualquier objeto de utilidad doméstica, un mueble, una escribanía, el tirador de una campanilla, etc., es convertido fácilmente, y sin gastos ni dispendios, en un telégrafo eléctrico, que indica á las autoridades locales si en el domicilio de la persona que lo usa se ha producido un fuego, ó han penetrado ladrones, ó existe un enfermo cuya gravedad exija la inmediata presencia del facultativo, ú ocurre alguno de esos casos en que es necesario el concurso ó la intervencion de las autoridades.

Basta poner la mano en contacto de cada uno de los botones que contiene el aparato, para que aquellas sepan cuál es el servicio especial que se reclama.

Segun el inventor propone, deberán establecerse en Madrid, si se acepta su proposicion, ochenta y seis estaciones telegráficas de esta clase, que serán recorridas de diez en diez minutos.

A nadie se le oculta la utilidad de la invencion, y es de creer que ésta sea aceptada, no solamente por el municipio madrileño, sino tambien por los propietarios de las casas y por los vecinos,—pues hasta los criados ménos expertos pueden manejarlos, por poseer una sencilla explicacion.

En el ensayo oficial, el señor Bejar y Olavlor no olvidó de dar las gracias á las personas que le han protegido á fin de llevar á cabo la realizacion del descubrimiento tan interesante, haciendo especial mencion del señor Sagasta, presidente del Consejo de ministros, y del señor Galdo, ex-alcalde popular de Madrid.

Todas las personas que asistieron al acto felicitaron cordialmente al inventor, y tambien los reyes le manifestaron particularmente su complacencia.

Hé ahí el asunto, brevemente descrito, del grabado de la pág. 148, cuyo dibujo ha sido hecho por nuestro amigo y colaborador artístico el distinguido dibujante señor Miranda.

CAMINO DEL MERCADO.

Un mercado en cualquier pueblo de Castilla la Vieja, ofrece el cuadro más pintoresco que puede concebirse.

Apresurémonos á decir que *mercado* no es cosa—en la acepcion vulgar de la palabra—que reunion, en ciertos pueblos y en dias determinados, de vendedores y compradores, aquellos con las mercancías más ó ménos averiadas, y éstos con el bolsillo bien repleto, y guardado en un *cinto* de cuero, ó en una manga de la *anguarina*, ó entre la colorada faja que ciñen á su cuerpo.

En la plaza del pueblo—porque todos los pueblos de Castilla tienen *plaza*, aunque esté formada por tres ó cuatro casuchas viejas y tortuosas tapias y empalizadas—se reunen las tipos más variados; unos, de faz tostada y largas melenas, con anchos sombreros y envueltos en la arábiga *anguarina*; otros, rechonchos y fornidos, con un pañuelo de vivos colores en la cabeza, el inseparable delantal de cuero y negras polainas de paño burdo; algunos en mangas de camisa, con puntiagudos y almidonados cuellos; no pocos vestidos á la usanza moderna, y casi todos con las tradicionales *alforjas*.

Es de ver tambien la animacion y el bullicio que reina en el mercado, donde se codean gentes de muchos pueblos, algunas veces en número muy crecido, por en medio de las cuales suele pasearse el *señor alcalde*, cubierto, aunque sea en Julio, con larga y pesada capa de pardo paño, y mostrando á compradores y vendedores la famosa *vara*, que tiene la poderosa virtud de dirimir casi siempre, y con sola su presencia, casi todas las cuestiones que entre unos y otros se suscitan.

Hay mercados, como los de Medina del Campo, Arévalo y Peñaranda de Bracamonte, donde se presentan cantidades fabulosas de cereales y se hacen transacciones de importancia; hay otros, como los de algunas antiguas villas de los alrededores de Búrgos, que han perdido en nuestros tiempos su esplendor de antaño, y no son ya ni sombra, como suele decirse, de lo que fueron.

Pero la costumbre de concurrir á los mercados está fuertemente arraigada en los habitantes de todos los pueblos castellanos, sin excepcion.

Ántes de rayar el alba, salen de sus casas los vecinos que van al mercado: á pie la mayor parte, montados otros en pollinos de abigarradas monturas, y los ménos en caballos pacíficos, algo parecidos al desgraciado Rocinante, se dirigen al pueblo donde el mercado se celebra, y en medio del cual es de rigor presentarse en las primeras horas de la mañana,—lo mismo en verano que en los fríos dias del invierno,—y dar la vuelta ántes del mediodía.

Esta costumbre popular de Castilla es el asunto del grabado que aparece en la pág. 153, dibujo del artista burgalés don Isidro Gil; en él se observan verdaderos retratos de los tipos más característicos de la provincia de Búrgos, desde el áspero serrano de ancho sombrero y parda *anguarina*, hasta la jóven de Vivar del Cid, de blanco pañuelo y colorada saya.—X.

AL PONERSE EL SOL.

Entre las rojas nubes del ocaso
oculta el sol su lumbre,
se alza la noche con ligero paso,
del monte tras la cumbre.

¿Adónde vas, oh astro esplendoroso,
oh luminar del dia?...
¿Adónde vas, del Oceano undoso
tras de la onda fria?

Va tras de tí tu colosal grandeza,
que contemplaba el mundo...
¡Cuál desciende, gigante, tu cabeza
del mar hasta el profundo!

Si así espira tu pompa soberana
que el universo llena,
¿qué quedará de la grandeza humana?
¡Ni un átomo de arena!

Ancho y profundo mar es el pasado,
donde caerá el presente,
y el porvenir por el mortal soñado
ha de inclinar su frente.

Si del sepulcro, al fin, todo se encierra
bajo la losa fria,
¡ay del amor que quedará en la tierra,
si vive solo un dia!

Cual las olas que llegan á la playa
cuando la tarde muere,
cuando ya el sol en Occidente raya
y el mar de léjos hiere;

Cual la espuma que en torno de la quilla
se eleva juguetona,
y á la espirante luz ardiente brilla
cual fúlgida corona;

Cual la nube que cruza el firmamento
cuando la aurora nace,
y á las inquietas ráfagas del viento
ligera se deshace;

Ola ondulante que la playa besa,
espuma brilladora,
roja nube fugaz, que cual pavesa
de fuego se evapora...

Eso es ¡ay! el amor que llena el alma
con vividos destellos:
brilla un instante, y luégo apaga en calma
sus resplandores bellos.

Mas no; que tras la ola que se aleja
queda un amante beso
que, con dulce bullir, el agua deja
sobre la arena impreso.

Hay en la espuma que la quilla toca
una voz delicada,
cual suspiro que sale de una boca
que se abre enamorada.

Tras la nube que cruza los espacios
queda el fresco rocío,
y mil lucientes perlas y topacios
crinan el bosque umbrío.

. . . . . .
. . . . . .

En la cercana costa hay una tumba,
y una choza á su lado:
con estrépito loco el mar retumba
junto al sepulcro helado.

Lágrimas hay en la mansion sombría,
y brillan con encanto...
¡Es que el amor hasta la tumba fria
va á derramar su llanto!

¿Por qué si hasta la tumba el amor llega
á derramar consuelo,
el alma de los hombres no se anega
en su feliz rielo?

¿Por qué no amar, si hay brilladores dias
que los ojos deslumbran?...
¿Por qué no amar, si hay locas alegrías
que el corazon alumbran?...

¡Ah! ¿Porqué el corazon que un sueño encierra
no ha de romper su valla?...
¿Por qué no se ha de hallar sobre la tierra
lo que en la tumba se halla?

ERNESTO GARCÍA LAPEVISE.

DOS CUADROS.

La bellísima lámina de la pág. 156 es copia fiel de un notable cuadro de Mr. J. B. Burgess, distinguido pintor inglés, que se complace en retratar animadas escenas de costumbres de nuestra encantadora Andalucía, en cuyo país ha vivido el citado artista no pocos años.

«El primer abanico» (*The first fan*) es el título del lienzo presentado en la última Exposicion artística de South Kensington, y el asunto está hábilmente tratado: una hermosa dama compra para su hija un abanico, que la niña examina con embeleso; la vendedora observa; un gitano, sonriéndose maliciosamente, dirige á esta algunas frases picantes, mientras hace un cigarrillo y guarda la petaca; y un clérigo contempla el cuadro, tambien se sonríe, y se frota las manos de una manera característica.

Este cuadro pertenece hoy á la galería artística de Mr. Mac Lean, de Londres.

Copia es tambien de otro pequeño cuadro el grabado de la pág. 149.

Titúlase «El ensayo» (*The rehearsal*), y es original de otro artista inglés, Mr. Pettie, no ménos distinguido; una jóven bailarina ensaya, en presencia de su maestro, una contradanza que deberá ejecutar más tarde en la escena de un teatro.

Mr. Pettie retrata con admirable verdad las costumbres inglesas, y son muy conocidos en el mundo artístico sus mejores cuadros, tales como «El juego de pelota» (*Battledoor*); «Los caballeros mendigos,» y el famoso *Persuading papa*, adquirido por un opulento banquero.

EL ESPÍRITU DEL SIGLO,

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS,

original

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

EL AUTOR TOMA LA PALABRA.

I.

A consecuencia de lo mal desempeñados que se hallan los servicios públicos en España,—particularmente desde la revolucion de Setiembre, que vino á mejorarlo y á regenerarlo todo,—el telégrama y la carta de Julia llegaron casi al mismo tiempo á manos de María:—es decir, la segunda precedió algunas horas al primero.

Al leerla, la pobre jóven quedóse muda, inmóvil de sorpresa y de terror; despues, con ese instinto natural de quien ve en peligro una persona querida, corrió en busca de la marquesa de Valle-Real, para implorar su auxilio; para desahogar en el seno de su segunda madre el dolor que la afligia; para pedirla consejo, ayuda, consuelo...

Pero la marquesa acababa de salir, y su doncella ignoraba lo que tardaria en volver.

Entónces María sintió que su sangre juvenil é impetuosa se le agolpaba á las sienes; que su corazon latia con violencia; que su entendimiento, tan frio como aquel era ardiente, perdia su claridad y su lucidez ordinarias; en fin, creyó volverse loca, y acaso lo estuvo durante algunos momentos.

Corrió, pues, á su cuarto; cubrióse con el espeso manto que usaba para ir á la iglesia, y se lanzó á la calle con paso rápido.

Desde la de Atocha á la del Príncipe la distancia es cortísima, y nuestra heroina la salvó en breves minutos. El aire fresco y húmedo de una mañana lluviosa del mes de Junio no logró serenar su razon ni calmar la congoja de su espíritu; entró, pues, en el portal de la casa de Cárlos, dirigiéndose velozmente á la portería.

Otra mujer, encubierta tambien y acompañada de una negra vieja, hablaba con el portero. María la lanzó una mirada oblicua, y reconoció á su rival,—á Margarita.

—¿El señor de Aguilar?—decia con lentitud el Argos tuerto que desempeñaba las importantes y delicadas funciones de guardar la entrada de la mansion del poeta.—¿El señor de Aguilar?—No está en Madrid.

—¿No está en Madrid?—repitió María tomando parte impetuosamente en el diálogo.

Al oir una voz extraña y desconocida, la criolla volvió la cabeza, fijando los ojos en la que acababa de hablar. Con esa perspicacia femenina, á la cual nunca llegaremos los hombres, adivinó el interés que conducia allí á María, causa quizás del desvio y de la indiferencia de Cárlos para con ella.

—Y ¿adónde ha ido?—tornó á preguntar aquella, viendo que el cancerbero guardaba silencio.

—No me ha dado parte, repuso el portero con sorna; pero si ustedes quieren averiguar algo más, añadió maliciosamente, arriba está un criado, de quien se podrán informar.

Margarita consultó con la vista á la negra; mientras tanto María subia de dos en dos las gradas de la escalera. Al llegar al piso principal no se detuvo un momento, y tiró fuerte y resueltamente de la campanilla.

Casi al punto mismo la criolla, que la habia seguido despues de un instante de duda, aparecia á su lado.

Su semblante, que habitualmente revelaba timidez, estaba transfigurado; sus ojos, más dulces que vivos, brillaban con una luz sombría; su color, pálido por lo comun, era entónces rubicundo y arreboladito. Esa pasion terrible y violenta, llamada celos, se habia apoderado de aquella niña inocente y sencilla, trastornando completamente su apática naturaleza.

Ella fué la que interpeló al criado que abrió la puerta.

—¿Dónde está su amo de usted? dijo penetrando con decision en la antesala.

María, atónita y asombrada de semejante cambio, la siguió á su vez.

—Lo ignoro, señorita, repuso el sirviente sorprendido.

—¿Cuándo se ha ausentado?

—Hace dos dias.

—Y al ménos, intervino María, ¿no sabe usted en qué direccion?

—Yo le acompañé al camino de hierro del Norte, y le vi tomar un billete para Valladolid. Se hallaba, segun me pareció, triste, inquieto, agitado. «Si alguien va á buscarme, contéstale que he marchado á mi país por breve tiempo; que he querido visitar la tumba de mi madre ántes de...»

—¡Continúe usted! prorumpió María con ansiedad.

—No dijo más; repuso el criado.

La pobre huérfana hizo oir un grito ahogado de terror.

Margarita se aproximó á ella, alarmada, aunque sin saber por qué.

—¿Qué tiene usted? exclamó con acento que descubria una inquietud profunda y sincera.

—¡Todo! contestó lacónicamente, aunque sin dureza.—Y volviéndose de nuevo hácia el ayuda de cámara, quiso proseguir su interrogatorio.

—¿Me conoce usted? le preguntó.

Lord Mayo, virey de la India inglesa, asesinado en Port-Blair (pág. 154).

—Perfectamente: he ido muchas veces con recado del señorito á casa de la señora marquesa de Valle-Real.

—Entónces, no me oculte usted la verdad.

—La verdad es que no sé nada; y sin embargo... añadió interrumpiéndose con una expresion de sobresalto.

—¡Hable usted, por Dios! dijo la criolla, cruzando convulsivamente las manos, y con voz trémula é insegura.

María cambió con ella una nueva ojeada, y ambas sintieron deshacerse sus prevenciones, como se deshace la nieve bajo el influjo de un rayo de sol puro y ardiente.

Ante el peligro del sér querido, las dos mujeres habian dejado de ser rivales para convertirse en dos hermanas.

Encontráronse sus ojos; pusiéronse en comunicacion los corazones por medio de esa chispa magnética que se trasmite con rapidez en las ocasiones solemnes, y juntáronse sus manos.

—¿Es usted Margarita? dijo la una.

—¿Es usted María? dijo la otra.

—¡Soy únicamente su hermana! añadió la huérfana con tono y acento tristes.

—¡Ay! suspiró la criolla: ¡yo no soy ni siquiera eso!

II.

Insensiblemente los cuatro personajes de esta escena, las dos jóvenes, el ayuda de cámara y la negra, habian llegado al despacho del poeta, muy próximo á la antesala.

Sobre la mesa de roble, llena de esas mil fruslerías y juguetes propios de un hombre elegante, se destacaba la nitidez deslumbradora de dos pliegos cerrados: el uno grande, abultado, voluminoso; el otro era un pequeño billete, fino, trasparente, perfumado.

Los ojos de las dos mujeres se fijaron desde luego en el escritorio y en las cartas.

—Al ménos, preguntó María al criado cada vez con mayor ansiedad, ¿no le ha dejado á usted su amo instrucciones para el caso de...?

Y se detuvo vacilante, agitada, convulsa, sin alientos para proseguir la frase. Por fin hizo un esfuerzo sobrehumano, y la terminó:

—Para el caso de... de que tardase en volver?

—Sí, señorita; repuso José: el amo me encargó que si al fin de la semana no estaba de regreso, llevase aquel pliego grande á su notario, y á usted ese billete.

María corrió á la mesa y, sin tocarlos, miró los sobres de entrambos, escritos de puño y letra de Aguilar: en el uno se leia meramente su nombre y apellido: el otro, en letra más grande y visible, contenia la siguiente fatídica inscripcion: —«Esta es mi última voluntad.»

Un frio glacial corrió por sus venas; sintió que la abandonaban las fuerzas; que su razon serena y enérgica se turbaba; que su valor ficticio desaparecia.

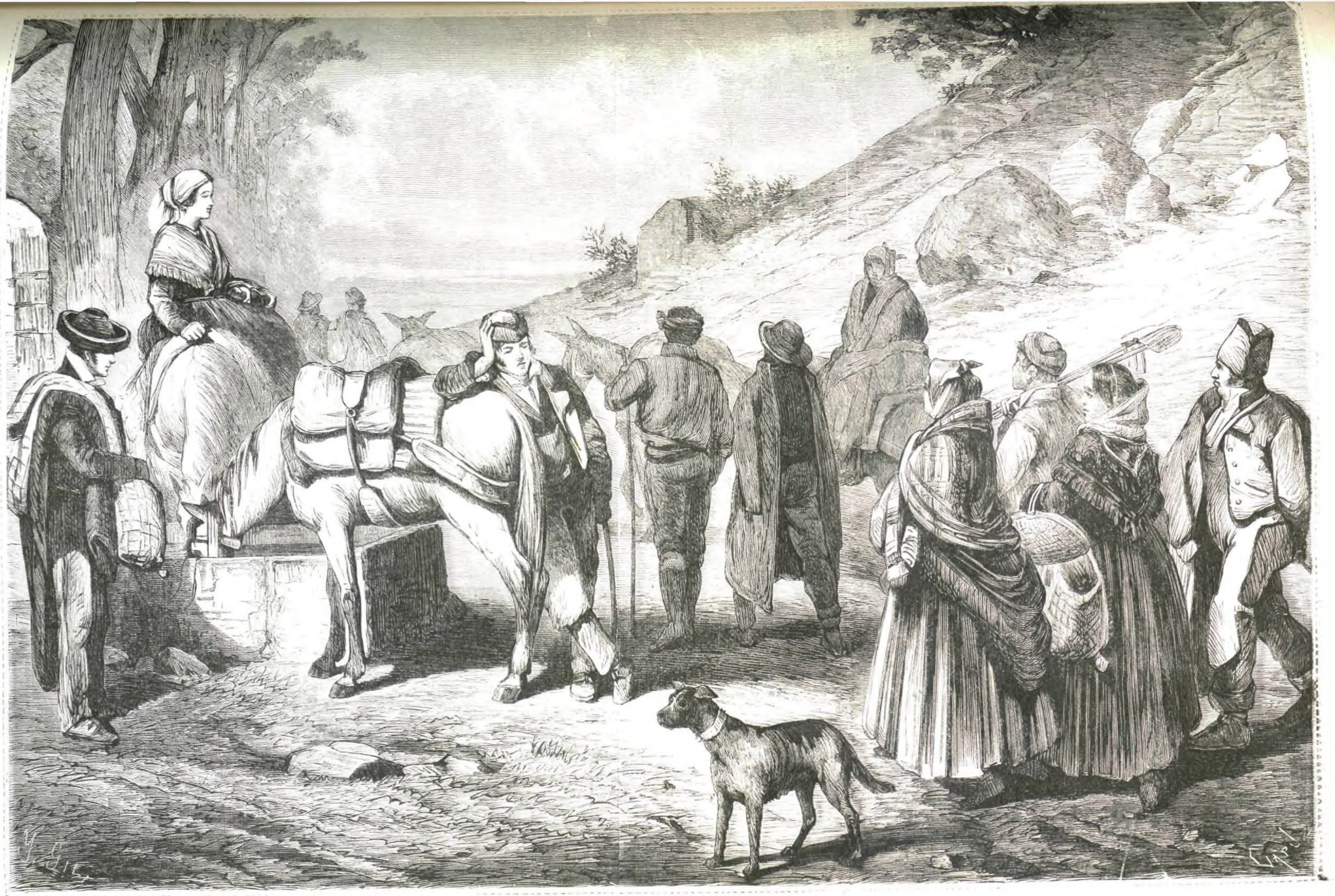
Miéntras, dos lágrimas rodaban silenciosamente por el semblante de la criolla.

Hubo un momento de angustia, de postracion, de congoja... Despues Margarita se apoderó de la carta.

—Lea usted, dijo dejándola en manos de aquella á quien estaba dirigida: ésta, como galvanizada por el contacto del papel, se puso en pié y rompió el sello de lacre que la cerraba. Pero al ir á comenzar la lectura, turbósele la vista; creyó que iba á perder el sentido, y sin proferir una palabra tendió el billete á su rival, indicándole con el gesto que lo leyese.

Hé aquí las postreras líneas acaso que habia trazado la mano del gran poeta y del insigne escritor.

«Voy á morir; pero ántes, María, quiero expresar á usted los pensamientos de mi alma y los sentimientos de mi corazon. Que al ménos, mezcladas con las oraciones que usted sin duda dirigirá al Omnipotente para que perdone mis faltas y mi crimen, haya algunas tiernas lágrimas; que al ménos, si usted no ha correspondido al ciego, al insensato amor que la he profe-



Camino del mercado, composicion de don Y. Gil (pág. 150).

sado, no ignore que ha sido el objeto único de un culto idólatra y ferviente...»

Al llegar aquí faltóle la voz á Margarita, y el papel se escapó de sus manos crispadas; María comprendió la tortura y el dolor de aquella alma generosa, y acercándose á ella, las dos rivales se abrazaron y confundieron su llanto.

—¡Perdon! murmuró la una entre sollozos.

—¿De qué? repuso la otra imprimiendo un dulce ósculo en la frente de la primera. ¿De qué? ¿De ser más dichosa que yo?

III.

Habia quedado entornada la puerta de la escalera, y los actores del drama, harto dominados por sus pasiones los unos, por su curiosidad los otros, no habian podido observar que un espectador silencioso é inmóvil asistia á aquella extraña y singular escena. Era un hombre que habia subido los peldaños lenta y pausadamente, y que empujando sin hacer ruido una de las dos hojas de la puerta, tenia ante sí un cuadro que no esperaba ver.

Venia en traje elegante de camino, cubierto á la par de polvo y de lodo; notábanse en su fisonomía las huellas de un padecimiento profundo y de un gran cansancio moral y físico, y caian en desórden sobre la frente sus abundantes cabellos negros, naturalmente rizados.

Detúvose en la entrada del aposento, y desde allí contempló el gracioso é interesante grupo de las dos bellas jóvenes, que sólo dejaban ver sus esbeltos y flexibles talles.

Por fin, despues de una breve pausa, los brazos de aquellas se desenlazaron; el puro perfil de sus frescos rostros apareció distintamente á los ojos del desconocido, y éste pudo conocer á María y Margarita.

Entónces lanzó una exclamacion de sorpresa y de asombro, á la cual contestaron ambas rivales con dos gritos análogos:

—¡Cárlos! dijo la primera dando un paso hácia él.

—¡Cárlos! repitió la otra con sordo acento, mientras sus mejillas se cubrian de carmin.

Hubo despues algunos momentos de silencio, que interrumpió al fin Margarita.

—¡Adios! dijo alzando del suelo la carta que habia comenzado á leer, y entregándosela á Aguilar; todo lo sabe... ¡Sea usted feliz!

Y ántes de que hubieran podido detenerla, desapareció de allí como una vision divina que se disipa rápida y velozmente.

—Sí, todo lo sé, murmuró la dulce voz de María en el oido del poeta; todo lo sé... Vaya usted mañana á pedir mi mano á mi segunda madre la marquesa de Valle-Real.

Y haciendo un noble y majestuoso saludo, salió del aposento sin que Cárlos, lleno de inmensa alegría, lograse proferir una sílaba siquiera.

IV.

Justo es explicar ahora por qué aquél no habia llevado á cabo sus criminales y odiosos propósitos.

Cuando salió de Madrid, una sola idea ocupaba su pensamiento.—Antes de despedirse de la existencia, queria visitar el triste y solitario cementerio de un humilde pueblo de Castilla, donde dormia el eterno sueño aquella á quien habia amado tiernamente:—su madre.

—Si ella hubiese vivido,—se decia á sí mismo mientras el vapor devoraba el espacio;—si no me hubiera dejado solo en el mundo, yo no habria concebido las insensatas quimeras que me han perdido y me han deshonrado. ¡Noble y pura madre mia! ¡Tú hubieras sido la égida santa que me defendiera contra las sugestiones del orgullo y de la ambicion; tú hubieras sido el ángel bueno que alejara los malos espíritus de mí!

»Además, cuando tú existias, tenia yo un fin y una aspiracion: consagrarte el producto de mi trabajo y de mis vigilias; hacerte más amable y más dulce la vida.

»Pero al volar tú á una mansion mejor, me asustó de mi soledad; sentí frio en el corazon, é intenté buscar, como el pájaro á quien arrancan de su nido, en otra parte compañía y calor.

»Hoy vuelvo, madre mia, con las alas rotas, con el alma lacerada, á pedirte perdon por haber abandonado tu sepulcro; á llorar junto á él y á morir!»

Y de esta suerte llegó en una tarde nebulosa y triste de Junio, que se asemejaba mucho á las desapacibles del otoño, al pueblo tranquilo donde naciera y donde queria buscar la muerte.

Habian transcurrido diez años, y nadie le conocia ya: los ancianos pasaban á su lado y le miraban con extrañeza, preguntándose quién podia ser aquel caballero elegante, y qué vendria á hacer en la miserable aldea; él no conocia tampoco á los jóvenes, que en el momento de su partida eran niños de corta edad.

Así cruzó las desiertas calles del pueblo, siendo blanco de la curiosidad de todos, mas no del interés de ninguno; así dejó atrás las casas ahumadas y ruinosas; la parroquia con los raquíticos árboles que la rodeaban; el lavadero, en el que una docena de muchachas golpeaban las groseras ropas de sus padres, haciendo que las blanqueaban; y fué á internarse en una senda estrecha y solitaria que conducia al Campo Santo.

La tumba de su madre no era uno de esos empinados y horribles nichos en que se almacenan muertos en semejantes lugares. No: Cárlos, dotado de una imaginacion elevada y poética, habia querido embellecer la muerte, dando á aquel sitio un aspecto que no inspirase horror.

Estaba la fosa en el centro de un pequeño campo: sobre la tierra que la cubria, una mano piadosa ó mercenaria cultivaba flores y arbustos.—En los primeros tiempos un cercado de cañas rodeaba la modesta sepultura; más tarde Cárlos la hizo sustituir por un enverjado de hierro, objeto de la admiracion y de la envidia de cuantos lo contemplaban.

Allí se dirigió el poeta sin vacilar, y oró largo rato con edificante fervor, confundiendo sus súplicas con sus lágrimas. Vino la noche; el cielo se iluminó con sus miriadas de estrellas, con su espléndida y apacible luna, y el suicida no tuvo valor para derramar su sangre junto á la tumba sagrada y á la vista del Supremo Hacedor...

Tuvo entónces una vision singular: parecióle que se levantaba del sepulcro su madre envuelta en un blanco sudario; que su rostro no conservaba su noble y benévola expresion; al contrario, parecia adusto, airado, severo... Con el brazo extendido hácia la puerta del cementerio, le indicaba que no profanase más aquel recinto con impíos pensamientos; con la mirada ardiente é iracunda le daba á entender que condenaba su intencion.

Cárlos tuvo miedo y huyó; huyó por los campos y por las praderas, como si le persiguiese la sombra implacable y terrible de la muerta.

Al amanecer entró en la posada donde habia dejado su equipaje; se arrojó sobre el lecho, y durmió algunas horas con un sueño pesado y letárgico: durante él vió todavía la vision que le produjera tal espanto; pero entónces los ojos habian perdido su amenazadora expresion; entónces los labios sonreian, las manos acariciaban.

—¡Vive y trabaja! le decia una voz suave y misteriosa; la de su madre ó la de Dios.

Y hé ahí por qué Cárlos desistió de sus culpables propósitos; hé ahí por qué regresó á Madrid, resuelto á vender lo que le quedaba y á volver á establecerse en la aldea; hé ahí cómo encontró á María; y en fin, cómo fué testigo de lo que aseguraba su felicidad.

Dos meses despues, en el propio templo donde habia sido bautizado, donde más tarde resonaron las preces mortuorias por el alma de su madre, recibió tambien la bendicion nupcial.

Otra jóven é interesante pareja se unió allí mismo con indisolubles lazos: Julia y Marcelo, completamente restablecido éste de su peligrosa dolencia.

Los dos amigos habian sanado á la par: el uno de la enfermedad del cuerpo; el otro de la del espíritu, mil veces más terrible y más cruel.

CONCLUSION.

He acometido una empresa difícil, una obra imposible:—la de encerrar dentro de un marco pequeño un cuadro de grandes dimensiones.

He intentado analizar lo que es la sed de oro en la sociedad moderna; he pretendido describir la fiebre de placeres y de riquezas que devora á la generacion presente, destruyendo y esterilizando cualquiera aspiracion noble, cualquiera tendencia generosa.

Dignas y contadas excepciones son aquellos individuos que no lo sacrifican todo al deseo impuro y vehemente de goces materiales; dignas y contadas excepciones, repito, los que, felices y contentos con el producto de su trabajo, no sueñan la existencia fastuosa del príncipe y del magnate.

En otros siglos, y áun en remotas edades, ya trataban los moralistas y los filósofos de inculcar en el ánimo de la multitud la conviccion razonada y profunda de que no hacen venturoso al hombre el logro de ambiciosas quimeras, la adquisicion de un caudal inmenso; y más de diez y de veinte comedias, más de cincuenta ó cien novelas, acababan con una moraleja que habia pasado á la categoría de estribillo: «Las riquezas no son la felicidad.»

En gracia de la oportunidad y de la conveniencia de esta vieja idea, perdóneseme que la haya empleado una vez más para probar que Cárlos de Aguilar, fotografía de uno de tantos tipos semejantes como hay, y se agitan en derredor nuestro—no alcanzó la dicha en medio del lujo en que se disipó lo que había logrado con su honrado trabajo; y por el contrario, encontró la más completa ventura en la modesta morada que debió más tarde á su angelical esposa y á hábitos nuevamente adquiridos de órden, arreglo y laboriosidad.

FIN.

LORD MAYO, VIREY DE LA INDIA.

Los periódicos de Lóndres del 14 de Febrero último publicaban un despacho telegráfico de Mr. Ellis, ministro del Consejo de la India, que decia así:

«Isla de Sanjor, 12 de Febrero.—Os anuncio, con dolor, que su señoría el virey ha sido asesinado en Port-Blair, á las siete de la tarde del dia 8.

Hallábase el noble lord girando una visita de inspeccion á las diferentes estaciones de aquel punto, y habia ya llegado al de salida para volver á bordo del navío *Glasgow*, cuando uno de los presidiarios de Port-Blair, aprovechándose de la oscuridad que reinaba, se lanzó contra Lord Mayo, á través de la guardia que rodeaba á éste, y le asestó dos puñaladas en la espalda. El virey espiró poco despues, y el asesino fué preso en el acto.

Llámase Sher-Ali, y fué condenado en 1867, á muerte por otro asesinato, por la comision de Peshawur.

Créese que el fanatismo ha inspirado este nuevo crímen.»

Era Lord Mayo uno de los hombres más queridos de Inglaterra, por su carácter conciliador y por sus generosos sentimientos.

Ricardo Southwell Bourke (cuyo retrato damos en la pág. 152, sexto conde de Mayo, habia nacido en Dublin, capital de Irlanda, en 21 de Febrero de 1822, fué educado en el Trinity College de la misma ciudad.

En 1847, fué elegido miembro de la cámara de los Comunes por los electores del condado de Kildare, en varias ocasiones desempeñó cargos importantes, y cuando sir John Lawrence presentó su dimision de rey-gobernador general de la India, en 1868, el ministerio de Mr. Disraeli concedió este alto destino al honorable Lord Mayo, quien ha venido ejerciéndole hasta su muerte á satisfaccion de los ministerios que han sido dido á aquél, y del país.

Lord Mayo estaba casado con Blanca Julia Wyndham, hija del primer baron de Leconfield, y deja cuatro hijos, el mayor, Dermot Robert Wyndham, que nació en Julio de 1851, y es hoy abanderado *cornet* del Noveno regimiento de Húsares, le sucede en sus títulos y estados.

La muerte de Lord Mayo ha sido muy sentida en Lóndres.

El mismo dia en que se recibió la noticia, el duque de Argyll en la cámara de los Lores, y Mr. Gladstone en la de los Comunes, confesaron que el país había perdido un funcionario dignísimo, lleno de abnegacion y de valor.

CERTÁMENES

PROPUESTOS POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Dos libros notables se han dado á luz no há mucho, premiados ambos por la Academia Española en certámenes abiertos por ella.—*El ensayo histórico-etimológico-filológico sobre los apellidos castellanos* es el primero, debido á la pluma de don José Godoy Alcántara, erudito académico de la Historia, versadísimo en su excelente *Historia crítica de los falsos cronicones*.

Es el segundo *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, escrito por don Luis Fernandez-Guerra y Orbe, bien reputado ya por ingeniosas obras dramáticas, aplaudidas en el teatro, y por su coleccion de *Piezas escogidas de don Agustin Moreto* en la *Biblioteca de Autores Españoles*, con la primera biografía ordenada y verídica del poeta, y notable juicio crítico de sus dramas. Afortunada en verdad la suerte de la Academia Española, y afortunados los amantes de las letras y el público todo con estos escritos de tan alto, y justos con sus autores han sido la Academia y el público, dado que éste en nuestra parte sea, para juzgar y estimar debidamente obras de más reducido y ménos entusiasta de lo que debe.

En libros de índole y asunto tan diversos no cabe asemejar comparacion, ni es posible juzgarlos llevándolos á una misma piedra de toque. Tampoco es mi ánimo hacer de ellos detenido exámen, pues de cuanto

lo rechazan su extension y mérito y la flaqueza de mis fuerzas, bastando á mi propósito breves observaciones, hijas tan sólo de una lectura atenta y hecha con calma é imparcialidad.

Fuera de ligeras indicaciones aquí y allá, no tenia precedentes entre nosotros el trabajo del señor Godoy Alcántara; y así son grandes las dificultades que para darlo cima ha tenido que vencer, como la alabanza que por ello merece. En otras naciones, singularmente en Alemania, conócense libros destinados al estudio de los orígenes y formas de los apellidos y de sus relaciones con las ideas, estado social y creencias de los pueblos, cosas que hasta ahora en España no habian dado materia á escritos especiales como el del señor Godoy Alcántara: circunstancia que viene á realzar el valor de su obra, en que tan cumplidamente se tratan y esclarecen todos los puntos esenciales en esto de los apellidos. Designa el nombre la persona; son todos los nombres de suyo apelativos, no habiendo en realidad de verdad primitiva division de nombres propios y comunes. Nombradas las personas por sus cualidades y otras mil circunstancias, que al cabo pueden darse en muchas, llega andando el tiempo á hacerse general un mismo nombre en gran número de individuos, que sólo con el apellido pueden diferenciarse. Engendran éstos, que en suma no son más que otros nombres, las mismas cualidades y circunstancias que á los últimos dieron origen; pero nace, crece y se extiende, y acaso mejor que otro alguno, consigue el *patronímico* expresar la idea que envuelve el apellido. Es el patronímico el nombre del padre, con la desinencia ó aditamento que en cada lengua se requiere para declarar la filiacion ó procedencia: muy antiguo, como usado que fué por los Griegos, lo emplearon los Romanos, y es hoy casi universalmente conocido. Hubo Roma, sin embargo, de introducir una gran novedad ó digamos revolucion en los apellidos, á causa del alto poder y suma importancia de la familia. Denominase el Romano con un nombre individual y otro colectivo, el propio y el de la familia, y agrégase en ocasiones un tercero individual que, al extinguirse ú olvidarse la significacion de los nombres propios expresa un hecho, una prenda ó calidad de la persona, inherente á ésta, característica y no existente en otra. Y todavía otro nombre colectivo, el de la *gens*, esa unidad social acaso no bien conocida del todo, se antepone de ordinario al de familia y determina áun más al individuo, sin perderse con todo eso el *patronímico*. Los nombres de familia fueron ántes, sin duda, nombres de individuos, como el de Escipion; extendidos ya á todas las personas que de un mismo tronco procedian, fueron *patronímicos*, como en Publio Cornelio Escipion, á quien para su gloria llamaron *Africano*, y á quien hoy, si por esto no fuera, confundiríamos con otros.

En los primeros tiempos de la Edad Media *no* hallamos, por cierto, este nombre de familia constantemente unido al individual; ántes al contrario desaparece, dándonos indicio inequívoco de la trasformacion de la familia romana y de la dominacion de nuevos pueblos, con instituciones y costumbres nuevas asimismo. Forzoso es, por lo tanto, que aparezcan otros apellidos, y es el primero el patronímico, con formas propias de la creciente descomposicion del latin, y que si bien no se muestra en los siglos anteriores al octavo ni áun en todo el curso de éste, porque el señor Godoy vacila, no sin fundamento, en admitir como auténtica la existencia de fundacion del monasterio de Santa María de Obona, del año 781, por Adelgastro, hijo del rey Silo, en que se halla éste nombrado *Adelgaster Siliz*, ya es conocido en el noveno, y abunda en el décimo y undécimo hasta lo sumo. Concurren con él los apellidos que denotan buenas ó malas cualidades, así físicas como morales, oficios, cargos y dignidades, y por último, los no ménos comunes que significan lugar, esto es, la naturaleza de la persona, la de sus ascendientes, la poblacion, campo, casa ó terreno que en propiedad le pertenece, y hasta el que labra sin ser dueño, como se ve en los siervos, que no se apellidan de otro modo que los más encopetados señores. Clasificar, pues, los apellidos castellanos, averiguar y hacer notorio su orígen en nuestro vulgar romance, si en él le tienen, y si no en la lengua en que se halle, y explicar su significacion, es lo que incumbe á un tratadista de nuestros apellidos: tarea que por lo vasta y penosa no ha logrado vencer las ya harto probadas fuerzas del señor Godoy.

Todo lo dicho y mucho más se contiene en el *Ensayo histórico-etimológico-filológico*, con inmensa copia de datos bien ordenados y oportunamente aducidos, con sagaces conjeturas y hábiles investigaciones sobre lo más oscuro ó ménos conocido. Breves, pero claras indicaciones generales sobre la materia en conjunto, y separadamente sobre cada uno de los grupos ó clases de apellidos, listas numerosísimas de éstos en su seccion respectiva y con su explicacion, trayendo siempre á cuento los tres aspectos del asunto, á saber, el histórico, el etimológico y el filológico, constituyen el libro. Le dan brillo y aumentan su utilidad pocas, pero oportunas, amenas y á veces picantes digresiones, muchas y eruditas notas y curiosísimos apéndices, en especial los de inventarios de siervos, de interés sumo para quien desee conocer el estado de las personas en la Edad Media y en nuestra patria. Metódico y bien ordenado, escrito con naturalidad y llaneza, claridad y soltura, reune el libro del señor Godoy una amenidad que parece increible, dado el asunto, y que prueba el ingenio del autor y sus profundos conocimientos, que le dan libertad para mostrarse, ora grave y serio, ora festivo, y entre burlas y veras en ocasiones decir verdades é ilustrar siempre el objeto como si ningun trabajo le costase.

Otro escrito al mismo intento de estudiar los apellidos españoles, debido, segun creo, al señor don Angel de los Rios, ha entrado en competencia con el de don José Godoy Alcántara, y obtenido de la Academia el *accésit*; mas no conociéndolo, como no lo conozco, mal puedo decir de él otra cosa que la que ya muestra el fallo de la docta corporacion citada, esto es, que será sin duda alguna, obra estimable y digna de estudio no menos que de aplauso.

En el propósito de dar á la Academia y al público la biografía acabada y perfecta en lo posible de uno de nuestros más insignes escritores de los pasados siglos, que era objeto de otro de los certámenes académicos, ha hecho el señor don Luis Fernandez-Guerra uno de los más señalados servicios que imaginarse pudieran, escribiendo el peregrino libro que titula *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, y que no ha de estimarse, con todo eso, como simple noticia biográfica de este esclarecido poeta. Biografía y juicio crítico atinadísimo, así del carácter general del ilustre dramático mejicano, como de casi todas sus obras por separado: cuadro perfectísimo de las costumbres de su época: retrato tan fiel como animado de otros muchos y muy importantes personajes: descripcion pintoresca y exacta de cuantas ciudades en el antiguo y nuevo mundo vió y recorrió Alarcon: todo esto y áun más que esto es el libro del señor Fernandez-Guerra, adornado con sin par galanura de estilo y maravillosa correccion de lenguaje, si es que estas prendas deben reputarse como meros adornos, cosa de que dudo.

Siguiendo los preceptos dados por fray Jerónimo de San Josef en su *Genio de la Historia*, segun los cuales há menester el historiador restituir la vida á los hombres de que trata, pintando, uniendo y engarzando sus ya secos huesos, dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposicion y cuerpo de la historia, anadiéndoles para su enlazamiento y fortaleza nervios de bien trabadas coyunturas, y vistiéndolos de carne, extender sobre todo este cuerpo así dispuesto una hermosa piel de buena y bien seguida narracion; y por último, infundirle un soplo de vida, con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata en medio de la pluma y el papel; el señor Fernandez-Guerra intenta y consigue presentarnos y como restituir al mundo los hombres y cosas del siglo de Alarcon, que casi parece que con los ojos las vemos, siendo el libro muy á menudo cuadro más que relacion, en que hábil é ingeniosamente se enlaza y une lo conjetural con lo positivo, llenando lo primero las lagunas que deja lo segundo, pintando lo pequeño con lo grande, de suerte que todo contribuya á dar animacion al escrito y prestarle interés pasmoso y amenidad increible. No pretende el autor que sepamos los sucesos prósperos y adversos del mejicano poeta, sino que á éste conozcamos y tratemos, *que pasemos en su compañía una temporada*, segun en el prólogo se manifiesta, y en compañía, claro es, al propio tiempo de los hombres que con Alarcon vivieron y que le fueron amigos, émulos ó contrarios. Con tal propósito, y con el acierto que en su desempeño logra Fernandez-Guerra, puede formarse idea de la grande enseñanza y raro deleite que producirá. Tanta es aquella y tal es éste, que en llegando á ponderarlos faltan palabras, y parece lo mejor excusar frases encomiásticas y contentarse con encargar la lectura que nada alcanza á suplir por ninguna manera. No cause á nadie maravilla que no se haga exámen y análisis de la obra; ántes al contrario, júzguese ocioso y casi temerario el intentarlo.

No queda, en verdad, esclarecido cuanto de la vida de Alarcon desearíamos saber; ignórase aún la fecha de su nacimiento, no obstante la exquisita diligencia del señor Fernandez-Guerra, que con harto fundamento rechaza como partida de bautismo del ilustre poeta la que por tal se ha publicado; algo por averiguar queda todavía; pero imagínense las dificultades que á ello se oponen, la pavorosa falta de datos en que tropieza el investigador cuando uno como el señor Fernandez-Guerra ha sido por ellas vencido en ocasiones, tras de haber empleado en la lid extraordinario caudal de actividad y crítica, é ilustrado su trabajo con tantos y tan peregrinos documentos.

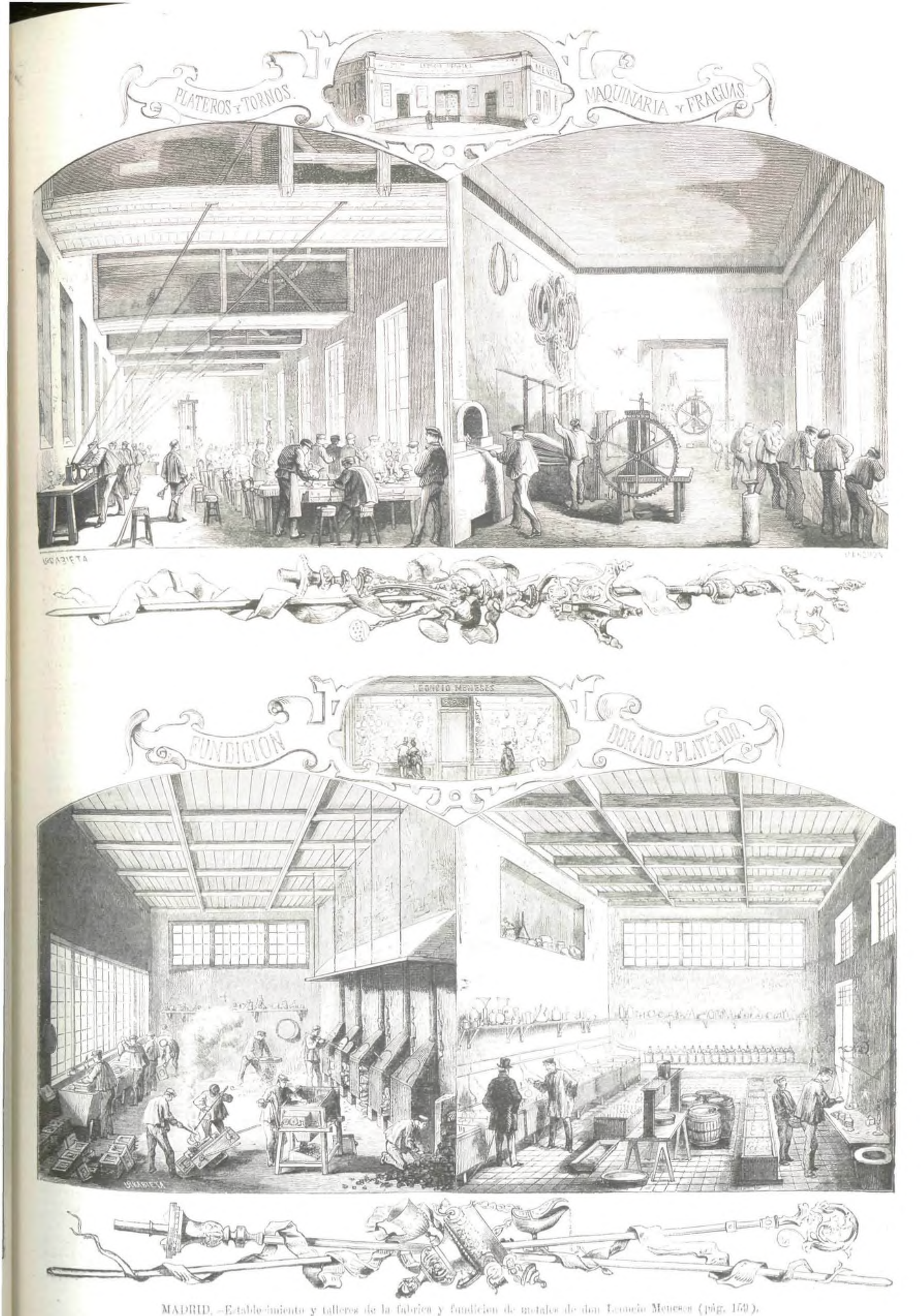
Mas lo que en este órden, por insuperables obstáculos, pueda echarse de ménos, queda harto compensado con lo que de la condicion y vida de Alarcon sabemos, merced al señor Fernandez-Guerra, quien al propio tiempo y con arte sumo nos da á conocer á otros famosos varones contemporáneos del coronado poeta, al punto de que no sepamos sobre quién derrama el libro más viva luz, Cervantes, Lope de Vega, don Luis de Góngora, el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, personajes ya más de segundo término, como el señor del Castrillo, don Bernardino de Avellaneda, asistente de Sevilla, cuando en esta ciudad Juan Ruiz de Alarcon, bachiller en leyes, profesaba la abogacía; el travieso mozo sevillano Alonso Alvarez, inventor de los versos de cabo roto, tan digno de estimacion por su agudeza y despejo, como de censura por su descompuesta vida y de lástima por su desastrosa muerte; el mecenas de Lope, duque de Sesa, sólo por esto conocido en la historia; la discreta y virtuosa comedianta Jusepa Vaca y su celoso marido, el buen autor Juan de Morales, y otros muchos se nos ofrecen á la vista y nos parecen *bullir y menearse*. Con mayor brevedad, son objeto de las investigaciones del señor Fernandez-Guerra, el gran Quevedo, el desventurado conde de Villamediana, el *Discreto de Palacio*, don Antonio Hurtado de Mendoza, rendido secuaz de Lope, dispuesto á romper lanzas contra el malandrin que en el Fénix de los ingenios fuese osado á poner lenguas, el sevillano poeta Luis de Belmonte Bermudez, tan celebrado en su tiempo como ahora olvidado, pues pocos saben que es parto de su ingenio una de las más representadas y aplaudidas de nuestras antiguas comedias, *El mayor contrario amigo y Diablo predicador*, y el toledano Luis Quiñones de Benavente, fecundo, chistoso é ingeniosísimo escritor de loas, bailes y entremeses, muy diferentes los últimos en estilo y gusto de los de Cervantes; mas no por tratar de algunos como de pasada, al parecer, deja su pintura de ser viva y animada y tan exacta como bella.

Ninguno de cuantos aparecen en el libro, fuera del que es su principal asunto, ha recibido mucho mayor luz, sin embargo, con los trabajos del señor Fernandez-Guerra, que el *Monstruo de la naturaleza*, el celebérrimo *Lope de Vega*. Publícanse á la realidad ciertas flaquezas nada honrosas para el Fénix de los ingenios, y desmiéntense la opinion más recibida que le atribuye su carácter nobilísimo, ajeno de escribir y de toda pasion baja y fea; mas sobre no ser esto inconveniente, porque es la verdad ley suprema de la historia, tampoco queda tan mal parado el insigne dramático, que hayamos de sentir lo que de él se nos dice y refiere por Fernandez-Guerra. Este, en su libro, nos le muestra como realmente era, no como un perverso desalmado ú hombre ejercitado en toda clase de maldades, sino como un hombre de grandísimo ingenio, sujeto á flaquezas, no por reprensibles menos comunes, y dominado por el más antiguo é incurable achaque de los humanos, y en especial de los literatos, la funesta pasion de la envidia. Lope, envidioso de los aplausos ajenos, recelaba siempre en todos envidia de los suyos; el disgusto que en él producian las alabanzas á otros tributadas, corria parejas con la sospecha que á la continua abrigaba, de que eran para los demás sus triunfos causa de pesadumbre insufrible. Conocia su propio valer; su buen gusto es notorio; pero daba sobrado precio á la aclamacion popular, y se rendia con facilidad á la lisonja, no deteniéndose en buscarlas, porque en ocasiones le ocultaba lo no muy lícito de los medios para conseguirlas, lo mucho que las estimaba. Así era Lope, sin duda alguna, y no poco se trasluce en sus escritos de lo que con irrefragables documentos afirma en su libro el señor Fernandez-Guerra. Quien refiriéndose á sí indudablemente, dice en su comedia *El Animal de Hungría*:

No quiero tener oficio
Que á muchos ha de agradar,
Pudiéndome yo ocupar
En más seguro ejercicio;
Que hay hombre que piensa aquí,
Y más si entiende un soneto,
Que no puede ser discreto
Si no habla mal de mí,

es el mismo que en carta fecha en Toledo á 4 de Agosto de 1604, tacha á Cervantes de mal poeta, y censura el *Quijote* ántes de publicado, y el mismo que en su novela *Las fortunas de Diana*, estampa el siguiente elogio del insigne autor de las *Novelas* ejemplares, peor intencionado que la invectiva más agria: «en España... hay tambien libros de novelas, dellas

BELLAS ARTES.—«El primer abanico» (pág. 151).



MADRID.—Establecimiento y talleres de la fábrica y fundicion de metales de don Leoncio Meneses (pág. 159).

traducidas de italianos y dellas proprias, en que no *faltó gracia y estilo* á Miguel Cervantes; á patentizando la justicia con que de él, aunque embozadamente, dijo Alarcon en *Los pechos privilegiados:*

> Culpa al que siempre se queja
> De que es envidiado, siendo
> Envidioso universal
> De los aplausos ajenos.

De otras tachas de Lope, áun mayores que esta, dá noticia el libro señor Fernandez-Guerra, sin que asome nunca el propósito de denostar y deslucir al prodigioso poeta, y mostrándose siempre el intento, realizado en verdad, de no levantar las losas de los sepulcros por sólo ver secas y descarnadas momias. El aragonés carmelita, fray Jerónimo de San José, no pudo hallar en sus tiempos, ni en los de ahora hubiese fácilmente encontrado, más acabado modelo de su doctrina histórica que el *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.*

Impórtame no dar término á esta mal pergeñada apuntacion, sin decir breves palabras á propósito de cierta observacion ó, mejor dicho, de cierto como escrúpulo que habia asaltado á algunos, y que á mí mismo me asaltó cuando iba en la lectura á la mitad del libro. ¿Por qué se ha dado como centro y base de obra de tal magnitud al corcovado poeta mejicano que, aparte de su altísimo ingenio, no presta materia con los sucesos de su vida á un escrito biográfico de mucho interés y variedad? ¿Por qué no haber empleado tan prolijas investigaciones en la ilustracion de otro personaje de más dramática historia, de alguno de los muchos que muestra conocer el señor Fernandez-Guerra, no ménos bien que á Ruiz de Alarcon? Fácil es desvanecer tal escrúpulo. Don Juan Ruiz de Alarcon despierta en los bien nacidos ingenios de nuestro siglo vivísima simpatía que no mengua, ántes crece con el tiempo. Mal apreciado mientras vivió, borróse su nombre, y le sobrevivieron muy pocas de sus comedias admirables, mudados los títulos de ordinario y adjudicadas á otros autores, hasta el punto de que en el siglo décimoctavo, y áun en los comienzos de éste, llega á ser tan ignorado como si nunca hubiese existido. Al conocerse de nuevo muchas, ya que no todas, de sus inmortales obras, hállanse los hombres de letras con tan ricos como poco estimados tesoros que los obligan, con placer y asombro á un tiempo, á examinarlos con atencion, á tratar de quilatarlos con el acierto posible y ponerlos al alcance de todos. No satisfecho don Juan Eugenio Hartzenbusch con su perfectísimo estudio del *carácter distintivo de las comedias de don Juan Ruiz de Alarcon*, intenta por tres veces coleccionar todas sus obras y darlas al público, no parando hasta ver conseguida su empresa, esmerada y acertadísimamente, en la *Biblioteca de autores españoles;* de suerte que en la publicacion de escritos de Alarcon, y áun en el juicio general de ellos, quedaba poco que hacer de algunos años á esta parte; pero restaba en cambio dar á conocer su vida, descubrir el enlace de ésta con las obras de aquel grande entendimiento, las alusiones que encerrasen, la conformidad con el carácter y condicion del autor. ¿Quién podia tachar de mal empleado el tiempo á tan útil investigacion destinado? Con respecto á la vida y costumbres de Alarcon, era la curiosidad tan general como fundada, y legítimo empeño la sido, por lo tanto, acudir á satisfacerla con el esmero y lucimiento del señor Fernandez-Guerra.

Un estudio sobre don Juan Ruiz de Alarcon lleva en sí, á más de esto, una ventaja de gran precio, y que es forzoso no dar al olvido, para estimar debidamente el trabajo de que se trata: y es la de contener naturalmente el estudio de la cultura, estado y gobierno de Méjico: cosas tan importantes y provechosas como poco sabidas. Otro beneficio no pequeño reportan á las letras las indagaciones relativas al ilustre mejicano, pues dan de sí naturalmente la consideracion de que el poeta dramático del siglo décimoséptimo, más humano, más sencillo y verdadero en sus fábulas, fué uno criado no en la corte de España, educado léjos del contacto de palaciegos y poetas á la moda, en el Nuevo mundo y en su más docta y floreciente ciudad, patentizando así que á veces la llamada atmósfera literaria, más que saludable es nociva, y que en ocasiones dá mejores frutos el ingenio cultivado en más apartadas y tranquilas regiones. Por todo lo dicho juzgo acertado el haber puesto á don Juan Ruiz de Alarcon como fundamento de todo el admirable estudio hecho por el señor Guerra de la antigua y Nueva España en las postrimerías del siglo décimosexto y en el primer tercio del décimoséptimo; que esto en hecho de verdad es *don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.*

Tal juicio creo yo que inspiran las mencionadas obras de los señores Godoy Alcántara y Fernandez-Guerra vistas desapasionadamente, y ya he dicho que no es mi ánimo convencer de esta verdad con argumentos y encomios. Téngase estas líneas por expresion del efecto en mí por ellas producido, y no por exámen crítico; título ambicioso que á la verdad no pretenden. Que en una y otra pueda advertirse algun defecto, escudriñando atentamente, por sabido se calla, y seria ridículo notarlo en son de censura. Como advertencia provechosa á las letras, queda el hacerla á otros más doctos y á los mismos autores que, de cierto, en echar de ver las imperfecciones de su trabajo, no habrán sido los últimos. Bástame consignar que de muchos, pero muchos años á esta parte, no eran premiadas por la Academia Española producciones de tan alto mérito, y que esto es prueba, entre otras muchas, de que se escribe ahora en España mejor que en épocas pasadas, y que ahora como nunca se cultivan los estudios histórico-críticos, bibliográficos y filológicos.

EMILIO ARJONA Y LAÍNEZ.

CRÓNICA MUSICAL.

TEATRO DE LA ZARZUELA.—*El primer dia feliz*, zarzuela en tres actos, letra de don Darío Cespedes, música del señor Fernandez Caballero.

Infausta suerte cupo en la actual temporada al teatro de la calle de Jovellanos, no por falta de actividad en la empresa, que en cinco meses ha estrenado once obras, varias de ellas en tres actos, sino por sobra de precipitacion en los trabajos. El azar de un éxito como el de *El molinero de Subiza*, no se repite todos los años, y los que dirigen el coliseo de la Zarzuela debieran contar ménos con su buena fortuna, empezando el año cómico con obras en cartera, pensadas y escritas sin premura, y no con promesas de partituras que sus autores terminan á escape para alcanzar tal ó cual época de buenas entradas, ó para satisfacer los angustiosos apuros de la empresa. Con tal sistema, sólo los genios pueden hacer buenas obras de arte, y es temerario empeño en el señor Salas tratar como á genios á los compositores de zarzuelas, que hacen maravillas, si se tienen en cuenta las condiciones en que trabajan, pero que á veces no satisfacen lo que exige el público, deseoso de que el género lírico-dramático adquiera la importancia que debe tener.

No es ya ocasion oportuna para decir si el señor Bottesini caracterizó bien ó mal con su música la fábula de *Alibaba*, ni de hablar del lisonjero éxito de *Justos por pecadores*, notable por un concertante final del segundo acto que escribió el señor Marqués, y por un coro de mujeres debido al señor Oudrid, ni de la graciosa, chispeante y original música que el inspirado Barbieri puso á *El hombre es débil*, ni de algunas de las bellas piezas con que el maestro Arrieta adornó *Lo soto de espadas;* pero sí lo es de describir con detenimiento la última y mejor zarzuela del jóven compositor señor Fernandez Caballero que, despues de algunos años de ausencia, vuelve triunfalmente al teatro donde alcanzó otros merecidos lauros.

El primer dia feliz pasa en la India; cerca de Pondichery, el primer acto, en el palacio que el gobernador inglés tiene en Madrás, el segundo y el tercero.

Despues de corto preludio, pues la precipitacion con que escribió la obra ha impedido al señor Caballero hacer, como desearia, una overtura, se levanta el telon y aparece la escena representando un campamento de soldados franceses que beben, juegan ó reposan al pié de los árboles. El coro de hombres canta un gracioso andantino, compuesto de dos frases y una coda, y escrito á tres partes. Los soldados celebran, cual si fueran inocentes pastores de Arcadia, los perfumes de la tierra y las brisas de la mar; pero cercanos redobles de tambores disipan estas bucólicas distracciones, anunciando la diana, y al primer coro sucede otro de marcial estilo, en tiempo de *allegro*, formado tambien con dos frases, la primera bastante más larga que la segunda, y ambas de brillante energía.

Un gracioso parlante sirve para que los soldados echen de ménos la bella mitad del género humano; pero cuando más desesperan de comer en aquel paraíso la prohibida manzana, aparecen por el fondo numerosas indias, precedidas de Djelma (la señorita Velasco). Estas indias son las sacerdotisas de Indrá, que, en camino para el templo de su dios, caen en el campamento y entre gente que guarda poco respeto á los dioses indios, á sus devotos, y sobre todo á las devotas.

La escena en que los soldados procuran demostrar á las sacerdotisas la inhumanidad de consagrar su pureza al dios Indrá, pudiera ser muy animada si los coros hubiesen aprendido á representarla.

Djelma canta uno de los recitados melódicos en que abunda la obra del señor Caballero, para reprender su atrevimiento á la soldadesca, muy dispuesta á tomar las cosas á un extremo deplorable para el culto del dios Indrá sin la presencia del capitan Gaston y don Dalman, que pone término á aquella escena de un libertinaje comedido y prudente, gracias á la ligereza casa movilidad de los coros.

Djelma explica en un bello *recitado* al capitan, que ella y sus compañeras iban herborizando para el culto de su dios, cuando se vieron en poder de los soldados, quienes encubrian mal su liviana intencion, sin reparar que eran vírgenes consagradas al culto, lo que es natural en gente guerrera, despreciadora de estas clases de ofrendas.

Sigue al *recitado* otro recitado melódico entre el capitan Gaston y Djelma, que termina preguntando aquél á la sacerdotisa india cuál es su dios. La respuesta es una balada en que empieza el compositor á caracterizar musicalmente el tipo de Djelma. Las arpas acompañadas de armonías de fagotes, oboes y trompas tocan una breve introduccion á esta pieza, en la que dominan, como en las demás que canta la india, los acordes de sétima de segunda del modo menor, formando una tonalidad vaga y característica, que ha de contrastar el tipo asiático de Djelma con los de los europeos que en la accion figuran.

La intervencion del tenor y de los coros al terminar la balada, forma una concertante que es de las más felices combinaciones armónicas del señor Caballero. Tres motivos melódicos se entrelazan, uno dominante que canta el tenor, otro de Djelma recordando su anterior melodía, y otro que expresa el coro de mujeres. El efecto de sonoridad es bellísimo, y causaria mayor entusiasmo si la voz de la señorita Velasco tuviera más volúmen.

Concluye el andante, y un motivo guerrero, puesto sólo á la orquesta, da tiempo para que la escena quede despejada.

La introduccion de *El primer dia feliz*, es, sin duda una de las más largas, ricas é importantes de su estructura que se han escrito para el escenario de la Zarzuela. La variedad y frescura de los motivos melódicos, la riqueza de la instrumentacion y el propósito de caracterizar musicalmente los personajes y sus situaciones, recomiendan esta pieza como una de las más notables de la obra.

Corta escena dialogada entre Gaston y Djelma proporciona al capitan francés ocasion para lucir su buen gusto, burlándose del dios Indrá, y hacer galas de su impresionabilidad amorosa, refiriendo á la sacerdotisa cómo se enamoró de una jóven inglesa á quien vió de paso dos veces en el camino entre París y Londres. Gaston es, sin embargo, muy infortunado en juegos y en amores; pero Dios le dió corazon bastante para reir de su desdichada suerte, como lo demuestra cantando una especie de barcarola por el tiempo de seis por ocho en que está escrita, y de cancion por el carácter de la música, que dista tanto del cómico francés, en que un mismo motivo se repite tres *cuatro veces, como de la cavatina* italiana, cuya forma es demasiado conocida para detenerse en explicarla. Principia la cancion con un recitado melódico, medido, forma empleada ya por algunos otros compositores de zarzuelas, y que creo debe generalizarse como preferible á la del recitado libre. Sigue una melodía de dos frases, á la melodía un parlante, y despues vuelve el primer motivo melódico, que termina con una coda.

La voz del señor Dalman, que canta esta pieza en punto bajo, es poco flexible para darle la suavidad, claro-oscuro conveniente, y la seriedad con que representa al capitan calavera se acomoda ménos al carácter de la música; pero en el teatro de la calle de Jovellanos *seria injusto exigir ciertos* perfiles de ejecucion, á que podrá llegarse, contando con la inteligencia de la empresa, el buen deseo de los artistas y la proteccion del público.

Rota la tregua, varios oficiales franceses pasan por el campamento para llevar al gobernador de Madrás un *ultimatum*. Con ellos se presenta el empleado de la intendencia Bergerac (Escriu) y D'Mailly (Fuentes). El primero, pariente de Gaston, anuncia á éste la muerte de un tio suyo, dejándole toda su fortuna, ocho pleitos de otros tantos primos, incluso el interlocutor, para quitársela. D'Mailly no le quiere sino más que la vida, en duelo por supuesto, á causa de haber ascendido Gaston á coronel, siendo más moderno que él. El lector no olvidará que la escena pasa en la India, cosa indispensable para la verosimilitud del motivo de este lance.

Suenan varios tiros; se interrumpe la disputa; aparecen soldados gritando al arma, y, despues de un animado parlante, son conducidos á la escena como prisioneros Littlepol (Miró) y Elena (señorita Maldonado). Esta es la jóven de quien se enamoró Gaston á la simple vista en el camino de Lóndres, y aquel un primo suyo con quien debe casarse, razon insuficiente para andar solos por aquellos campos, y que la inglesa explica como efecto de su raro carácter en una pieza musical que, por la forma es un *rondó*, y por el aire una *polaca*. Esta original melodía termina con una coda llena de difíciles vocalizaciones, que son imanes para los aplausos del público.

Un diálogo entre Elena y Littlepol demuestra que el inglés padece tontería incurable, y como es preciso que desaparezca por algunos minutos para dar tiempo al duo de tiple y tenor, le llevan ante el consejo los soldados que, con Gaston al frente, vuelverá la escena.

Elena espera conseguir de Gaston por la influencia de su belleza y de su talento la libertad de Littlepol, y el capitan convencerla de la inutilidad de sus esfuerzos. Todo ello forma un duo cómico, en el que resalta el estilo particular del señor Caballero para esta clase de música, y que el público conoce por algunas piezas de *Luz y sombra*, *El loco de la buhardilla*, *El cocinero*, y *Frasquito*. El compositor procura destacar las notas, especialmente en los tiempos agitados que hieren el oido, como la vista el chisporroteo de los fuegos artificiales. El duo tiene cuatro tiempos: empieza con un *allegreto moderato* que animan los trinos de los violines; sigue un *andantino* caracterizando la coquetería de Elena y la pasion del capitan, y despues de un animado parlante, termina con una *cavaletta* del mejor gusto en la que, siendo distintas las frases melódicas del tenor y de la tiple, conservan, sin embargo, el mismo carácter.

Brevísima escena hablada, en que Gaston se queja de que la suerte le impida no acceder á lo que pide Elena, precede al final del primer acto, una de las piezas en que el compositor ha demostrado sus relevantes dotes.

Oficiales y soldados vuelven: Gaston recibe su nombramiento de coronel y el reto del envidioso D'Mailly. Toda esta escena se desarrolla en un coro guerrero y en un largo parlante, hasta que acuden Djelma y las indias bailando las danzas de su país, cosa que no ve el público, porque el coro femenino se abstiene de hacerlo. El de entrada de las indias es muy bello, y produciria mejor efecto si la lira, en vez de estar en la orquesta, hubiese sido colocada en el fondo de la escena, figurando que la traian las sacerdotisas. Las notas chillonas de los instrumentos metálicos de percusion cubren, como sucede en este caso, de un modo desagradable las armonías de la orquesta, dominando sobre el sonido pastoso de la cuerda y de la madera, por lo cual conviene emplearlos con economía y á distancia de los espectadores, siempre que la accion dramática pueda justificarlo.

En medio de este coro, Djelma canta una corta balada, cuya melodía sirve despues para uno de los más bellos efectos de sonoridad que hay en esta obra. Varios recitados y parlantes, cuando llegan Elena y Littlepol, preparan una melodía que inicia y desarrolla la tiple; cántanla despues en modo menor el tenor y el barítono, preocupados con la idea del desafío, y la repiten en el mayor las masas vocales é instrumentales hasta llegar á la *stretta* final, donde el compositor ha hecho un efecto tan original como bello. En el momento de la cadencia se suspende ésta; las voces pasan de los sonidos fuertes á un pianísimo, y se oye á Djelma cantar su melodía de entrada, y al coro acompañarla con sonidos producidos sin abrir la boca. El motivo melódico se pierde lentamente en medio de algunos acordes fuertes en las voces y en la orquesta, con que termina la pieza.

Es esta una de las que han hecho decir á personas competentes que la música de *El primer dia feliz* tenia más pretensiones que las que caben en el género de zarzuela. No se acostumbra ciertamente á escribir de tal modo para el teatro de Jovellanos, á pesar de que haya no pocos compositores capaces de hacerlo, y por causas que en alguna otra ocasion explicaré; pero dentro del género de la zarzuela es lícito, y más que lícito, útil y conveniente elevar el concepto musical, que no impidió á Meyerbeer el carácter de ópera cómica de *El perdon de Ploermel* imprimirle la grandiosidad de su estilo.

Principia el segundo acto con un preludio de orquesta sobre el motivo del coro con que empieza el final del primero, y sin más pretension que la de advertir á los espectadores para que ocupen sus asientos. Elena y Djelma discuten si es preferible adorar á un hombre ó á un ídolo de palo, aunque en tésis general esto sea indiscutible, y sobre el tema eterno del amor ha escrito el señor Caballero un duo de tiple y contralto, y obtenido un triunfo de los más legítimos que se alcanzaron en el coliseo de la calle de Jovellanos. La estructura de esta pieza, es sin embargo ménos complicada que la de otras varias de *El primer dia feliz*. A un preludio de seis compases en la orquesta, sigue un recitado acompasado como los del primer acto, y despues un andante, siendo distintas las dos frases melódicas de la tiple, de las que despues canta la contralto, que tienen más enérgico carácter. Ambas voces entran despues á duo con una nueva melodía de bellísimo efecto, y que termina con una *fecunda* tan difícil como aplaudida. Un *parlante* de cortas dimensiones prepara la *cavaletta*, en la cual cada voz canta distinta y apasionada melodía, enlazándose despues con un elegante efecto de vocalizacion y terminando larga *coda* esta pieza, que ha producido con justísima razon verdadero entusiasmo en el público.

Se prepara un gran baile en el palacio del gobernador de Madrás (Calvet), tio de Elena. Los oficiales franceses que ya conocemos asistirán á la fiesta, gracias á la amable insistencia de la sobrina del gobernador. Tambien figura en ella el coronel Gaston, á quien los ingleses han hecho prisionero el dia anterior.

Los convidados cantan un coro que se enlaza con un *parlante* para preparar la cancion de Djelma.

Es esta indudablemente una de las piezas más originales y características que se han cantado en el teatro de la Zarzuela. La instrumentacion tiene efectos completamente nuevos: empleándose los contrabajos y los platillos, el bombo y los timbales, de modo que producen una sonoridad estridente y un efecto extraño, conforme al carácter del personaje, tipo de una civilizacion tan distinta de la europea.

El redoblar sobre uno de los platillos, las notas aisladas del bombo y de los timbales, el lúgubre acorde de los trombones y el pedal continuo de los contrabajos y del tercer trombon, unidos á un ritmo enérgico y á una melodía acentuada, forman singular conjunto. Despues de los primeros ocho compases, la flauta y el clarinete toman la melodía en la octava más grave, mientras la voz hace una especie de diálogo, aumentando la originalidad de esta pieza, que termina con un rápido *crescendo* y sin *cadencia* final.

La cancion de la india es á mi juicio el trozo de música más notable de *El primer dia feliz*, y sin atrevimiento podria compararse á algunos de los más bellos efectos de voces y orquesta, en que Meyerbeer ha dado pruebas de su profundo conocimiento de los timbres.

Otro parlante prepara una melodía de carácter completamente diverso, puesta en boca de Elena. Es un tiempo de vals que, por estar más al alcance de la generalidad del auditorio y por el buen efecto que producen las vocalizaciones y notas picadas, tiene mejor éxito que la cancion de Djelma, aunque no suponga tanta inspiracion. La melodía es agradable, y cantada con el buen gusto de la señorita Maldonado, siempre será aplaudida.

Despues de esta pieza, la accion dramática adquiere mayor interés. Littlepol, que no sólo dice tonterías, sino que tambien las hace, ha sido sorprendido levantando un plano de las fortificaciones enemigas, y el gobernador sabe á la vez la noticia de que su pariente está condenado á muerte y la órden de fusilar en represalias á todos los prisioneros franceses, incluso el coronel Gaston. Todos menos el interesado se enteran de la fatal nueva, y todos menos Djelma procuran ocultársela. En el momento en que el coronel cree que Elena le ama, la india descubre el peligro que le amenaza. Un instante de natural abatimiento no impide á Gaston consolarse de su desdicha, sabiendo que, de vivir, Elena le hubiese amado: motivo bastante para que otro, en su caso, se conformara ménos con la muerte.

El final del acto segundo empieza despues de esta escena con un coro, al que sigue un parlante, tan notable por la sentida frase del tenor, como por el delicado acompañamiento de los violines. El motivo principal de esta pieza es un brindis. La frase melódica que primero dice el tenor y que al final repiten con gran efecto de sonoridad los coros, es ámplia, enérgica y brillante. Entre la primera y segunda vez que se canta el brindis, hay un parlante notable por la melodía puesta á los violines y por la frase en que Gaston pide que le dejen divertirse el poco tiempo que ha de vivir.

Un coro de las indias sirve de principio al tercer acto.

Al dar el gobernador á su sobrina la noticia de que Littlepol ha sido fusilado, éste se presenta en escena. Su libertad es á condicion de la del coronel francés.

Todo iria ya á las mil maravillas si al gobernador no le ocurriera que su sobrino Littlepol hiciera aquel dia la *majadería máxima*, casándose con Elena. La india, á quien ésta comunica su infortunio, no comprende que una mujer se case con quien no ama, á pesar de que el caso sea frecuente en todas partes. Gaston llega en el momento en que la inglesa declara que le amará siempre, y esta imprudencia da ocasion á un terceto, realmente notable.

El tenor canta un *allegro* apasionado, y la melodía, repetida en distintos tonos por las voces, produce el mejor efecto. En la *cavaletta* el tenor dice la primera frase y la tiple la segunda, y despues de un *tutti* la repiten á duo. Al llegar á la cadencia, la contralto enlaza un motivo melódico que parece una plegaria, y que es el más bello del terceto. La tiple y el tenor acompañan con algunas frases hasta la *stretta* final. Esta pieza ha sido con justicia una de las más aplaudidas.

Terminado el terceto, Djelma, que tambien ama á Gaston, pero que representa el papel de rival generosa, abandona la escena. La boda ya á verificarse entre Littlepol y Elena; pero Gaston desafía á Littlepol, y este, que no es pendenciero, le cede la novia; con lo cual, y con una melodía que canta la india al ausentarse en una barca, termina la zarzuela.

El señor Céspedes, autor del libro, ha empleado en él tanto ó más trabajo que si lo hubiese hecho original, variando y mejorando *Le premier jour de bonheur*. Conviene, sin embargo, ya que tenemos el teatro más rico del mundo, no acudir al extranjero en busca de argumentos que se encuentran fácilmente en nuestra patria.

La música del señor Fernandez Caballero es un verdadero adelanto para la zarzuela; la introduccion y el final del primer acto, el duo, la cancion de la india, y el final del segundo y el terceto del último, son realmente piezas dignas de ópera, y de inferior mérito las oimos en el repertorio italiano.

En la ejecucion de *El primer dia feliz* se han esmerado los artistas; el señor Dalman haciendo cuanto sabe, y las señoritas Maldonado y Velasco cuanto saben y pueden. El director de la orquesta, señor Oudrid, ha contribuido tambien con la mejor voluntad al buen éxito de esta obra que, para honra de sus autores y provecho de la empresa, promete larga y próspera vida.

LUIS NAVARRO.

INDUSTRIA MADRILEÑA.

FÁBRICA Y FUNDICION DE METALES DE DON LEONCIO MENESES.

Desde hace algunos años, se han establecido en esta corte no pocas industrias nuevas, que en breve tiempo lograron importante desarrollo.

La fábrica y fundicion de metales de don Leoncio Meneses, puede servir de ejemplo.

Está situada en la Glorieta de Quevedo, con vastas dependencias en la calle de Magallanes (Chamberí); y en ella, con un considerable número de operarios inteligentes, se hacen con prontitud, gusto y economía, en plata de ley, plata-Ruolz y metal blanco, no solamente los objetos necesarios para el servicio de mesa, de fonda ó de café, sino los destinados al culto divino, tales como vasos sagrados, cruces, candelabros, etc.

Hay además en el citado establecimiento talleres especiales para la fundicion de adornos de bronce, para construir tuberías con destino á máquinas de vapor, y aparatos para el alumbrado público y de casas particulares, para entallar á martillo y torno, para estampacion en troquelés, para hacer composturas, en fin, en objetos deteriorados.

El señor Meneses ha conseguido, á fuerza de experiencia y de trabajo, y con no escasos sacrificios, crear un establecimiento de los primeros en su clase, que puede rivalizar ventajosamente con los mejores del extranjero.

Nosotros hemos visitado la fábrica, cuya entrada el señor Meneses no tiene inconveniente en franquear á las personas que fueren á visitarla, y hemos observado con gusto que en sus talleres reina el órden más perfecto.

A ella se refieren los grabados de la pág. 157.

En el primero se observan los talleres de los plateros y tornos, y el local de la maquinaria y fraguas; en el segundo los vastos locales donde están los hornos de fundicion y los talleres para el dorado y plateado de los objetos.

Tiene además el señor Meneses su almacen y des-

pacho central en la calle del Príncipe, núm. 6, y sucursales en varias provincias.

Á S. M. EL EMPERADOR DEL BRASIL.

Dimos en nuestro número anterior una sucinta relacion de la sesion celebrada por la Real Academia Española el dia 15 del pasado Febrero: ahora creemos complacer á nuestros lectores presentándoles como complemento el siguiente discursito que su autor nos ha autorizado posteriormente á publicar. Aparte las dotes de estilo y lenguaje propias del dignísimo Director de aquella Corporacion ilustre, hay en esta breve arenga curiosos recuerdos históricos del mayor interés.—Dice, pues, así el documento que tenemos á la vista:

Contestacion del señor Director marqués de Molins, á las breves frases con que S. M. Don Pedro II, emperador del Brasil, dio gracias á la Academia por haberle nombrado académico honorario.

«Señor: La Real Academia Española logra hoy la mayor honra que registran sus anales, dando asiento y oyendo la voz de un príncipe, insigne protector y cultivador de las letras, amigo y compañero de los sabios: inscribiendo en el número de sus individuos á un monarca, que por providencial coincidencia, al mismo tiempo que reina en un Estado apartadísimo del nuestro, es nuestro hermano por raza, por religion, por historia, casi por lengua. Y digo *casi* atendiendo á la que se habla en su imperio, y no tomando en cuenta que... *¡olvidándose á los académicos!*... como acabamos de oir, señores, es familiar á S. M. la lengua á cuyo estudio nos dedicamos.

Estas causas, señor, han pesado en el ánimo de todos nosotros, cuando hemos hecho de V. M. la *unánime* eleccion que benévolamente nos agradece, y que no ha sido dictada ni por *lisonja ni por vanagloria*.

No ocultaré, sin embargo, á V. M. á nombre de la Academia, que le es grato saludar en V. M. al descendiente de Felipe V su fundador, de Cárlos III su protector generosísimo, y áun de Cárlos IV, á cuya munificencia debemos la casa misma que habitamos; pero V. M. no se contenta con la herencia de sangre española para mostrar su afecto á la civilizacion y al idioma de nuestra patria; ántes, señor, de dirigirse al viejo mundo, había V. M. dado á España la mayor prueba de afecto que un padre y un soberano puede dar, concediendo la mano de su hija, y en parte la sucesion de su imperio, á un príncipe ilustre que se ha educado en la patria de Juan Bravo, en el alcázar de Isabel la Católica, que ha aprendido las ciencias en el idioma de Morla y de don Jorge Juan, y que ha vestido el honroso uniforme que llevó con honra el académico analizador del Quijote don Vicente de los Rios.

Y despues, señor, no bien llegó V. M. á Madrid, mostró vehemente deseo de conocer á las personas de escritores aquí presentes cuyos nombres y cuyas obras le eran ya familiares. Y hoy mismo sin descansar de un largo viaje, viene V. M. á honrar ésta que es ya su propia casa, y á elegir en ella un asiento entre todos y como el de todos, pero que, honrado por V. M., será de hoy más el primero.

Por su parte la Academia tiene en su historia pruebas de su afecto á la dinastía y á la raza de que V. M. desciende: uno de nuestros principales fundadores, don Gabriel Alvarez de Toledo, era oriundo de la provincia de Braganza; entre los retratos que V. M. se ha dignado examinar, los cuatro primeros Pachecos descienden, como es sabido, de la nobleza portuguesa; despues de ellos, cuatro Silvas son vástagos de aquel Ruy-Gomez que vino á España con doña Isabel de Portugal, que fué tronco de la casa de Pastrana, fundadora primera en nuestra corte de aquellas Academias *silvages ó selvages* á que asistieron monarcas y soberanos de aquellos cuyo reino dura todavía, como son Cervantes, Camoens, Lope de Vega, Melo, y Ruiz de Alarcon. Andando los tiempos, este propio instituto á que pertenecemos, Luzan, de sus fundadores, dirigió quizá sus mejores [illegible] á la reina doña Bárbara de Portugal, y la más [illegible] *elegía* de nuestro inolvidable último secretario [illegible] Gallego fué dedicada á doña Isabel de Braganza, [illegible] mana del augusto padre de V. M.—¿Qué más [illegible] ñor, hoy mismo los dos asuntos que más nos [illegible] son: la publicacion de la obra hasta ahora inédita [illegible] las *Cantigas de Alonso X*, tesoro tan precioso [illegible] la lengua lusitana, como para el idioma de Castilla; la organizacion en América de Academias correspondientes con ésta, que mantengan allí puras y [illegible] dorosas la lengua y la literatura de las razas [illegible]

Tengo para mí, señores, que pensareis conmigo [illegible] es buen agüero para la Academia, al tener entre nosotros las obras de un rey sabio que aspiró á la [illegible] imperial, el que venga á sentarse entre nosotros [illegible] emperador nieto suyo, que no aspira, sino que [illegible] la corona de sabio.—Y juego asimismo que á V. [illegible] será grato, á V. M. el más caracterizado representante de las naciones latino-americanas, que al despertar de la vieja Europa, uno de los últimos saludos [illegible] reciba sea el de la Academia Española, que á un [illegible] mo tiempo le acata como á monarca, y le abraza [illegible] á colega, y como á hermano.—He dicho.

«La ascension del espíritu» escultura de Flaxman.

UNA ESCULTURA DE FLAXMAN.

John Flaxman, el célebre estatuario inglés [illegible] mado por los críticos *el Miguel Angel del N*[illegible] legó á la posteridad muchas y buenas obras.

Al monumento funerario erigido en la igl[illegible] de Heston para guardar las cenizas de una [illegible] crática familia de la misma ciudad, sirven de [illegible] mate dos magníficas estátuas, en las cuales [illegible] un escritor inglés—Flaxman quiso encarnar [illegible] lor verdadero, tranquilo, pero profundo; cab[illegible] se admira más el mausoleo que construyó en [illegible] catedral de Gloucester, para la familia de sir [illegible] ley: la tierna fábula de Cupido y Psiquis [illegible] como que halló vida bajo el cincel del ilustre [illegible] tista, y los bajo-relieves con que adornó los [illegible] de no pocas iglesias, son objetos de estudio [illegible] los artistas modernos.

Tambien lo es el grupo que se conoce en [illegible] anales artísticos de la Gran Bretaña con el [illegible] bre de «La ascension del espíritu» (*The ascending spirit*), del cual es copia nuestro grabado [illegible] esta página.

Flaxman se inspiró en el arte griego; pero [illegible] imprimir en sus obras, al mismo tiempo que el [illegible] racter plástico más delicado, una expresion [illegible] fecta de sentimentalismo, y estas dos cualidades resaltan en todas aquellas, ya en los bajo-relieves [illegible] asuntos mitológicos, ya en las más difíciles que le [illegible] piró la Sagrada Escritura.

John Flaxman nació en 1755, y falleció en 18[illegible]

Además de las obras citadas, son muy notables [illegible] siguientes: *Hércules con la túnica de Neso*, [illegible] *muerte de César*, y *El arcángel San Miguel*.

LA EMPRESA

DE

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Y DE

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

Á LOS NUEVOS SUSCRITORES.

Los tomos que **La Ilustracion Española y Americana** ha publicado en 1870 y 71, se hallan de venta encuadernados á la rústica en su Administracion, Carretas, 12, principal, á los precios siguientes:

El de 1870, por **25** pesetas en Madrid y **28** en provincias.

El de 1871, por **30** pesetas en Madrid y **35** en provincias.

A los señores suscritores en 1872 que tomen los referidos tomos del 70 y 71, se les dará gratis una suscricion por todo el presente año á la tercera edicion del periódico de señoras y señoritas titulado:

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

el cual hace **treinta y un años** que publica esta Empresa. El valor de este obsequio es el de **20** pesetas en toda España, y nos permitimos llamar la atencion de los nuevos señores suscritores á **La Ilustracion Española y Americana** sobre esta combinacion, pues por un corto desembolso pueden tener completa la coleccion de la referida **Ilustracion**, y á más recibir gratis el mejor periódico que existe para señoras y señoritas.

La circunstancia de ser ambas publicaciones de una misma empresa, es la que permite hacer una concesion tan ventajosa, la cual debe aprovechar todo aquel que tenga familia.

Advertimos que sólo á los nuevos señores suscritores por todo el año de 1872 es á los que hacemos este obsequio, pues siendo muy reducidas las existencias que nos quedan del tomo de 1870, las reservamos para ellos.

En América fijan el precio los señores Agentes, en combinacion con la primera edicion de **La Moda**.

ANUNCIOS.

VELUTINA CHARLES FAY. *La Velutina* es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable [illegible] *Velutina es adherente, impalpable* y absolutamente invisible [illegible] así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado [illegible] les. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja.

La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas, y en casa del inventor

CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en Paris.

EAU DES FÉES, AGUA DE LAS HADAS Tintura [illegible] para los cabellos y la barba. *Nada hay que temer al emplear esta agua* [illegible] *llosa*, de la cual se ha hecho propagadora *Mme. Sarah* [illegible]—Depósito general: en Paris, 43, rue Richer.

Depósito en los establecimientos de los principales *Peluqueros y Perfumistas de España y América.*

CASA DE COMISION GENERAL

DE AM. RICHY.

CALLE DE HAUTEVILLE, 53, PARÍS.

Esta antigua y acreditada casa anuncia á sus [illegible] recedores que continúa desempeñando, como [illegible] aquí, cualquier comision que se le confíe.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	25 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	30 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8.200 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI.—NÚM. XI.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 16 de Marzo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por el marqués de Valle-Alegre.—Cervantes revolucionario, por don Francisco M. Tubino.—Don José Moreno Nieto.—La festividad de San José.—Juan de Sidonia, historia vulgar, por don José de Castro y Serrano.—Toledo: La escuela central de tiro, por X.—Geología española: Estudio de los terrenos de Tortosa, por don José J. de Landerer.—Un combate en la manigua cubana.—La reaccion en el teatro, por don Cirilo Frígola.—Crónica musical: *Disorch*, por don Luis Navarro.—Esperanzas y recuerdos, por don José Selgas, académico de la Española.—A mis hijos, poesía, por don Ramon de la Fuente.—Cartas parisienses, por don Fernando Costa.—Tipos madrileños.—Bellas artes: Tres cuadros de artistas extranjeros.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del excelentísimo señor don José Moreno Nieto, nuevo rector de la Universidad central.—Toledo: Fachada de la iglesia de Santa Cruz, hoy Escuela central de tiro.—El dia de San José, alegoría.—Tipos romanos: El maestro de escuela.—Isla de Cuba: Un combate en la manigua.—Tortosa: Corte geológico del barranco del Rastro.—Bellas Artes: «La comida del niño.»—Islas Baleares: Payesas mallorquinas.—Méjico: El árbol de la noche triste, donde lloró Hernan-Cortés la derrota de su ejército.—Ajedrez.—Bellas Artes: La coronacion de la Virgen.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

I. EXTERIOR.—ALEMANIA.—Las exigencias de Bismarck.—Los vencedores enfermos.—La cuestion religiosa.—Las contradicciones de dos hombres públicos.—Bismarck y Thiers.—GRAN BRETAÑA.—Viaje del príncipe de Gales.—La *mano* en Londres.—FRANCIA.—El proceso Janvier de la Motte y M. Pouyer-Quertier.—Una nueva crisis ministerial.—Lo transitorio y lo definitivo.—Donde se recuerda al difunto Fernandez Negrete.—El proyecto de ley contra la prensa.—Las polémicas de ésta.—Duelos y combates.—Rectificacion espontánea.—Muerto vivo.

II. INTERIOR.—Los nuevos actores del teatro del Circo.—Funcion del viernes.—Los señores Serrano, Candau y Ortiz de Pinedo.—¿Quiénes triunfarán?—Manifiestos y circulares.—Cada uno el suyo.

III. TEATROS Y SALONES.—*Dineorah.*—*El arte de hacer fortuna.*—*Bellezas y la Pelipedeos.*—Los salones y las iglesias.—Hasta la Pascua.

I.

¿Será verdad, ó no será verdad? ¿Será cierto que la Prusia exige de la Francia no cambiar su forma de gobierno, hasta tanto que le haya pagado por entero la indemnizacion de guerra? ¿Será exacto que el poderoso é implacable Bismarck quiere que su desgraciada víctima, viviendo todavía algunos años en el desgobierno y en la interinidad, se desangre y pierda sus fuerzas vitales, para que no le sea posible emprender en mucho tiempo la obra penosa, aunque inevitable, de su rehabilitacion, ó mejor dicho, de su resurreccion?

Todo es creible de parte del ambicioso hombre de Estado que se propone,—y lleva trazas de conseguirlo,—ser árbitro de los destinos del mundo. Si la muerte no le sorprende como á Cavour, á mitad de su camino; si no sobreviene un acontecimiento inesperado y terrible; si el emperador Guillermo—anciano y achacoso—no sucumbe á sus dolencias; si su hijo el Príncipe Imperial—gravemente enfermo tambien del

Excmo. Sr. D. José Moreno Nieto, nuevo rector de la Universidad central (pág. 166).